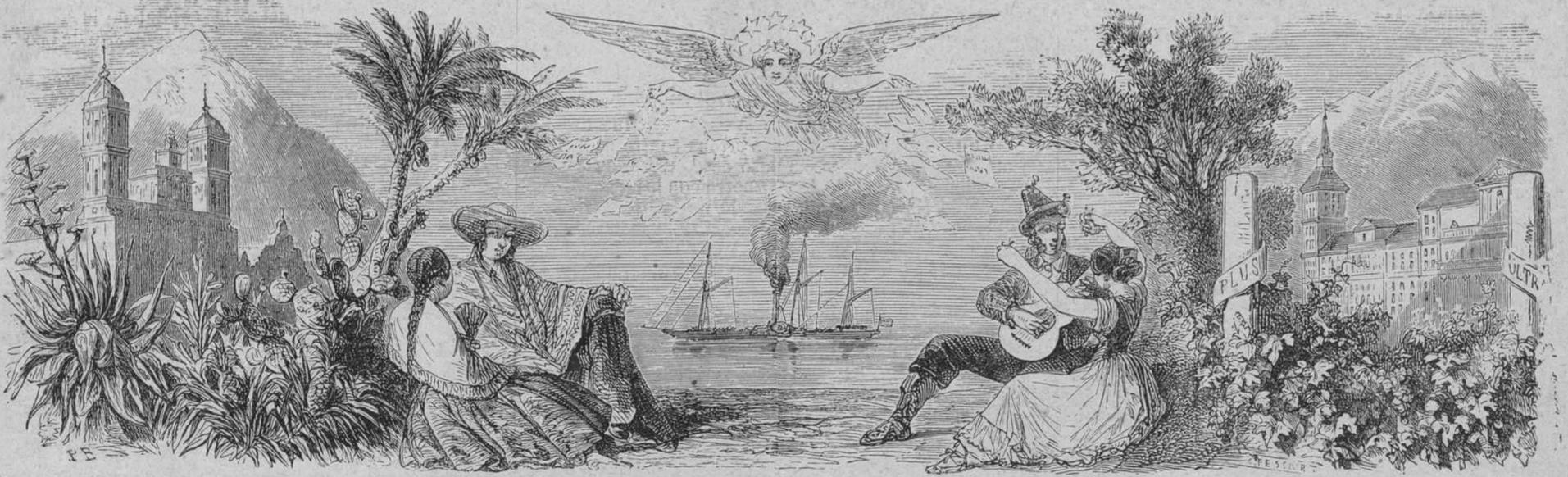


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administración general, passage Saubier, núm. 4, en París.

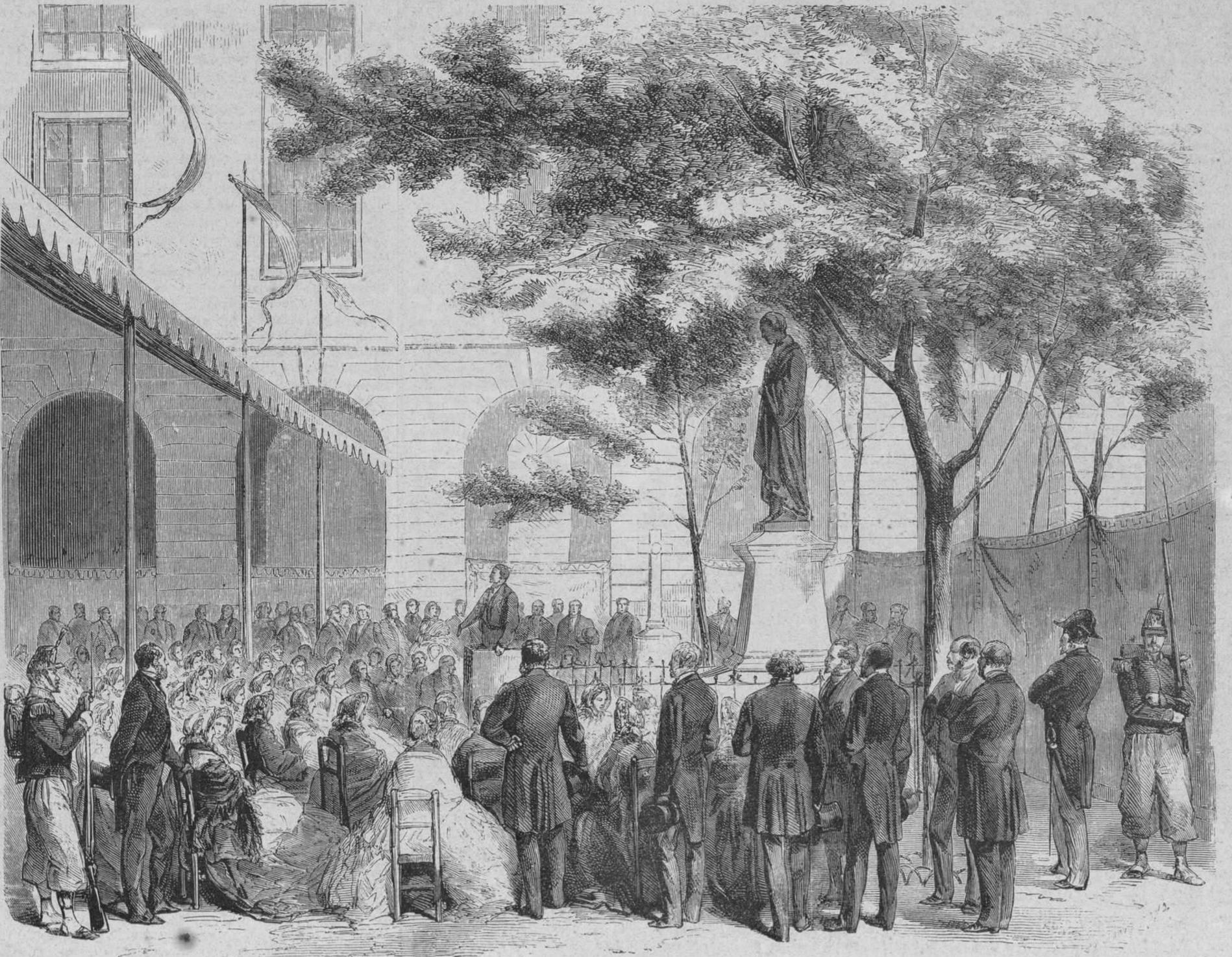
AÑO 21. — N° 499.

## SUMARIO.

Inauguración de la estatua del doctor Bonnet en Lyon; grabado. — Recuerdos de Florencia. — Serenata. — Viaje de SS. MM. el emperador y la emperatriz de los fran-

ceses; grabados. — Revista de París. — Los intereses morales y materiales. — Cergovia; grabado. — Canastillo regalado a S. M. la emperatriz; grabado. — Vista general de la Exposición universal de Londres; grabado. — Claudio Gervais. — Julieta y Margarita. — Tiro de

la Asociación nacional de los rifles en Witleton-Park; grabados. — Aguadores de Madrid; grabado. — Las gerarquías. — No eras tú. — Revista de la moda. — El frac. — El duque Pasquier; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.



Inauguración de la estatua del doctor Bonnet en Lyon.

## Inauguración

DE LA ESTATUA DEL DOCTOR BONNET EN LYON.

El 3 de julio tuvo lugar en Lyon, en el patio del Hotel Dieu y ante una numerosa asamblea, la inauguración de la estatua del doctor Bonnet, muerto en la misma ciudad el 1.º de setiembre de 1848.

El bronce monumental, debido al talento del escultor lyonés Bonnet, y colocado en el centro del patio San Martin, es una obra de mérito que llamó la atención de todas las miradas por el vigor de las formas, la hermosura de su actitud y su aspecto grandioso.

Para rendir este merecido homenaje al doctor Bonnet, no se ha pedido ninguna subvención al Estado ni a las sociedades científicas; se abrió una suscripción pública que dió más de lo que era necesario, y la comisión ha aprovechado el sobrante para fundar un premio Bonnet, que será otorgado cada año a los alumnos de los hospitales. Ninguna obra habría podido honrar mejor la memoria del hombre ilustre que consagró su vida a la enseñanza.

Ocho discursos se pronunciaron en la ceremonia de la inauguración.

Los doctores Nelaton y Marjolin recordaron hábilmente en términos elevados los trabajos científicos de Bonnet, sus perseverantes esfuerzos para la curación de enfermedades reputadas hasta entonces incurables, y su ardor para difundir las ideas útiles, sabiendo señalar al mismo tiempo sus cualidades morales y su firmeza en el cumplimiento del deber.

A las cinco la ceremonia estaba concluida, dejando a todos el recuerdo de una existencia dignamente recompensada, y que demuestra que el trabajo y el deber son los mejores títulos no solo para la posteridad, sino también para los contemporáneos. P. P.

## Recuerdos de Florencia.

El solo nombre de Florencia despierta en la imaginación no sé qué risueñas ideas de graciosa y noble poesía: lo mismo en italiano — *Firenze*, — que en francés y en inglés — *Florence* — y en todas las lenguas, creo yo, este nombre es un vocablo elegante como una copa de Benvenuto Cellini, esbelto y perfumado como una azucena. Parece una palabra esculpida en mármol blanco. Cuando uno pisa por primera vez aquella encantadora ciudad, perla de la Italia que es a su vez la perla de Europa, se comprende con dificultad que un país predestinado al parecer por la Providencia para ser un paraíso en la tierra, haya sido durante tantos siglos un infierno. Su historia de la edad media horroriza más aun que la de las otras repúblicas italianas, acaso por efecto de la siniestra claridad con que la ilumina a nuestros ojos el ingenio diabólico de Maquiavelo. Mas que historia, parece uno de aquellos sombríos melodramas de la era romántica, en que todo se vuelve emboscadas y perfidias disimuladas bajo formas amables, maquinaciones tenebrosas, escenas sangrientas preparadas entre alegres festines, sutiles venenos servidos en vaso de oro. Sucede en la tierra feliz que el Petrarca llama y describe en verso y medio (Soneto 124)

il bel paese  
Ch'Apennin parte e il mar circonda e l'Alpe,

un fenómeno moral análogo al que presenta la robusta naturaleza de los trópicos, donde cuentan (no los co-nozco) que todo es mas grande que en parte alguna, lo bueno como lo malo. Si la vegetación es allí mas vigorosa que en nuestros templados climas; si su fauna, — la alada especialmente, — es la mas vivaz y la mas hermosa por los brillantes colores de su plumaje, viva perdería, también allí los venenos son incomparablemente mas activos que los nuestros y a una prodigiosa actividad de la vida ha provisto la naturaleza con una prodigiosa actividad de la muerte. Lo mismo en Italia, Florencia, patria del Dante, es también la patria de Maquiavelo. En Pisa, para cuya eterna gloria pintaron el Giotto y Andrea Orgagna los admirables frescos del *Campo Santo*, un arzobispo como había muchos en el siglo XIII, Roger Ubaldini, dió un nombre eternamente maldito a la *Torre del hambre*, teatro de aquella tremenda catástrofe del conde Ugolino, de quien dicen donosamente los franceses con su ingenio feliz, — ó infeliz ¿qué sé yo? — para coger el lado ridiculo de todas las cosas, que se comió a sus hijos con objeto de *conservarles un padre!* — La historia de las repúblicas italianas está llena de estos violentos contrastes.

En obsequio de los que no tengan muy presente la lúgubre tragedia del conde Ugolino y de sus hijos, inmortalizada por el Dante, voy a recordar en dos palabras sus principales accidentes, verdaderamente característicos de la época y del país: así como así, hablando de Pisa, casi no salgo del terreno de Florencia. Tres horas de ferro-carril separan hoy a estas dos ciudades hermanas, largo tiempo rivales. Florentinos y Pisanos, como buenos vecinos, hasta que han llegado a formar un solo cuerpo de nación, han estado siempre *unidos* por un odio recíproco, de los mas caracterizados: una y otra interrumpida serie de implacables guerras entre una y otra pequeña república, forma su historia común. Pisa acababa de sostener ella sola una de las mas porfiadas y gloriosas contra las fuerzas reunidas de Florencia, Siena, Luca y el Papa, por mantenerse fiel al partido de

los Gibelinos, cuando un gran desastre naval (1284) la puso en el duro trance de perder su libertad para conservar su independencia. Como todos los pueblos, cuando se ven en un apuro de que no saben cómo salir, acudió al remedio supremo de someterse a un protector, y luego a una serie de protectores, que bajo este hermoso nombre, no fueron *naturalmente* mas que una serie de tiranos. El primero de ellos fué el conde Ugolino Gherardesca, de una gran familia pisana, reputada como el alma del partido gibelino, y en tal concepto, enemigo intimo de Juan Visconti, jefe del partido güelfo en Pisa; mas sacrificando su opinion a sus miras ambiciosas, cual hubiera podido hacerlo un simple — ¡no tan simple! — diputado ministerial de nuestros dias, entró con su enemigo en tratos para sojuzgar la república, fué descubierto, preso y desterrado, hizo armas contra su patria en el ejército florentino, se pasó de nuevo a los suyos, en ocasión en que estaban en guerra con los genoveses, y habiéndosele confiado el mando de la escuadra, fué completamente derrotado en Maloria. Puesta la república con aquel desastre a dos dedos de su perdición, tuvo que echarse en brazos del mismo que traidoramente le había preparado — tal fué despues la opinion común, dice Maquiavelo — para alzarse con la dictadura, como lo consiguió en efecto. La virtud obtiene siempre su recompensa! Aclamado protector, consolidó su poder, se deshizo de sus principales enemigos con el destierro ó el verdugo, medio todavía mas eficaz que el otro, y por último, habiéndole uno de ellos, sobrino del arzobispo Roger ó Rugiero Ubaldini, echado en cara su traición y sus tiranías, — que a la verdad fué imprudencia notable con hombre de aquellos antecedentes — le mató de una puñalada con su propia mano. Convengamos en que no era de esperar otra cosa. Aquella violencia le fué mas fatal que todos sus anteriores desafueros, pues amotinó el pueblo contra él por el arzobispo, tío de la víctima, mas ambicioso y cruel todavía que el mismo Ugolino, acometió su palacio, y despues de una tenaz resistencia, le entró a saco y se apoderó del tirano y de tres hijos y un nieto suyos. El arzobispo Roger sustituyó *naturalmente* al tirano desposeído, supuesto que su caída había tenido por objeto la abolición de la tiranía, — ¡siempre la misma canción! — y como primera prenda de su condición apacible, encerró al desgraciado Ugolino, a sus tres hijos y a su nieto, — la raza entera de los Gherardesca! — en un calabozo cuya llave arrojó él mismo al Arno. Del desastrado fin que en él encontraron las cuatro víctimas de aquel bondadoso arzobispo recibió la prisión en que murieron su tremendo dictado de *Torre del hambre*. Esa torre fué demolida en el siglo XVI: estaba situada en un ángulo de la *piazza de' Cavalieri*, decorada hoy con una fuente y una estatua de Cosme I.

Allí se consumió el drama atroz que refiere el Dante en el Canto xxxiii de su *Infierno*, verdadera escena infernal. Los horrores del hambre tenían ya reducidos a los cuatro mártires a una desesperada postración. — « Yo miraba a mis hijos, inmóvil, » dice al poeta el desventurado padre: « un frío de muerte corría por mis huesos y no podía llorar. Mis hijos lloraban, y mi pobre Anselmo, el menor de todos, me dijo: ¿Qué tienes, padre mio, para mirarnos así? »

Aquí debo advertir que me parece imposible expresar bien en ninguna lengua moderna, ni aun en la nuestra, la profunda ternura del texto, porque ninguna, fuera de la italiana, admite los diminutivos en el género levantado. Nuestros retóricos dicen que *no son nobles!*... El Dante no pensaba así, y entre ellos y el Dante, opto por este.

Piangevan elli; ed Anselmuccio mio  
Disse: Tu guardi sí, padre: che hai?

Y sigue el poeta por boca del conde Ugolino ya sumido en el último pozo infernal, morada de los traidores: — « Ni lloré ni le respondí en todo aquel día, ni en la noche siguiente. Amaneció una nueva aurora, y como yo me mordía las manos de dolor, ellos creyeron que me las mordía de hambre.... Dos dias mas pasamos sin decirnos una sola palabra. ¡Oh dura tierra! ¿por qué no te abriste?... Al principiar el cuarto día, Gaddo se levantó y fué a caer a mis piés exclamando: — ¡Oh padre mio! ¿por qué me abandonas? — En seguida espiró. Así como tú me estas viendo a mí, así vi yo caer a los otros tres, uno a uno, entre el quinto y el sexto día. Yo me arrojé sobre ellos, y tres dias aun los estuve llamando a voces como si estuvieran vivos. ¡Al cabo el hambre pudo mas que el dolor! »

La interpretación que generalmente se da a este terrible verso, oscuro como un enigma de la esfinge

« Poscia piu che'l dolor potè'l digiuno »

¿será la verdadera? Significará realmente que el misero padre devoró los cadáveres de sus hijos, ó que murió vencido del hambre, mas poderosa que el dolor?

Para todo viajero culto, el principal encanto de Florencia consiste en sus incalculables riquezas artísticas; *incalculables*, digo, porque realmente no hay oro en el mundo con que pagarlas. Su clima, el mas deleitoso de Italia, según fama, fresco en verano y templado en invierno; su sociedad, compuesta, a mas del precioso elemento indígena, de lo mas escogido de las aristocracias de Europa; la elegancia de sus airoso palacios de mármol blanco que se extienden *Lungo l'Arno*, formando singular contraste con las severas y algo sombrías construcciones del interior de la ciudad; teatro de tantas batallas en los tiempos medios; sus hermosos paseos, entre los cuales descuella el llamado *delle Cascine*; sus teatros, — en suma, todas las comodidades y todas las dulzuras materiales de la vida reunidas allí como por la

mano de una fada bienhechora, son sin duda atractivos de primer orden; pero muchos mas y mayores son todavía los que brinda al espíritu la noble Florencia, nombre glorioso, dice un viajero, entre los de todas las gloriosas ciudades italianas, — nombre perpetuamente espléndido y en el que se resumen, como en el de Atenas, las altas ideas que tienen por fundamento el patriotismo, la libertad y el arte. *Moderna Atenas* se ha llamado con razón a la capital de la Baviera. *Atenas del Renacimiento* debe llamarse la capital de la Toscana, tan superior a Munich como lo es un cuadro de Leonardo de Vinci a la mejor de sus copias.

Si en ninguna parte, creo yo, hay mas riquezas artísticas que en Florencia, en ninguna tampoco esas riquezas se ven mas dignamente colocadas: Florencia es una joya en que están engarzadas una infinidad de joyas. En la *Gruta verde* de Dresde, museo de preciosidades en todos géneros, he visto unas perlas enormes artísticamente labradas como marfil, obra del siglo XVI, formando figuritas de hombres y de animales, verdaderos milagros de ingenio y de paciencia en que la materia compite con el arte en mérito y en valor: ahí tenemos un emblema de Florencia. La ciudad del *Campanile* y del *Battisterio* me parece la única digna de poseer las galerías de los *Uffizi* y del palacio *Pitti*, si ha de haber cabal proporción entre el marco y el cuadro, entre el continente y el contenido.

Digamos algo de aquellas dos maravillas del arte, — el *Campanile* y el *Battisterio*. Según las prácticas de la antigua arquitectura lombarda y toscana, que en sentir de los inteligentes son una misma, las iglesias catedrales constan de tres partes distintas y separadas, que en las nuestras y creo que en las de todos los demás países, se ven constantemente reunidas, a saber, las dos citadas ó sean el campanario y el bautisterio, y el *duomo*, que viene a ser la iglesia propiamente dicha. Estas tres partes de un mismo edificio están a pocos pasos una de otra: las mas bellas muestras de este género especial de construcción que he visto son las catedrales de Pisa y Florencia. El *Campanile* de la primera es la famosa *torre inclinada*, sobre cuya inclinación se han hecho tantas conjeturas, y que en mi humilde sentir, se explica por un primitivo error del arquitecto (desgracia tal vez), reparado luego a fuerza de arte. No puedo creer que de intento hiciese su torre torcida. Y sobre esto se me ocurre la particularidad de que siendo tan célebre en el mundo la torre inclinada de Pisa, de la cual pocos habrán dejado de oír hablar, nadie hable de otra torre, — digo mal, de otras dos torres todavía mas inclinadas y asombrosas por su manifiesta infracción de las leyes que rigen la gravedad de los cuerpos, que he visto en Bolonia, y son la torre *Asinelli* y la torre *Carisenda*, construidas ambas, como la de Pisa, en el siglo XII. La poca ó ninguna celebridad de estos dos problemas tan audazmente resueltos por el arte ó por el azar, que es el mas grande matematico del mundo, me parece tanto mas singular cuanto una de esas torres, la segunda, ha tenido el honor de suministrar un consonante y una comparación al poeta de la *Divina Comedia*. (INFIERNO, xxxi).

Qual pare à riguardar la Carisenda  
Sotto il chinato, quando un nuvol vada  
Sovra essa sí, ch'ella in contrario penda.

¿Será que también *habent sua fata...* las torres como los libros?

La catedral de Florencia está puesta bajo la poética advocación de Nuestra Señora de la Flor (*Santa Maria del Fiore*). En 1294 los florentinos confiaron su ejecución a Arnolfo di Lapo en virtud de un decreto que recuerda por su magnífica arrogancia el tan famoso de nuestro cabildo de Sevilla que empieza de *Fagamos una cosa tal y tan grande...* La sustancia de ambos decretos es la misma: ambos mandan hacer *todo lo humanamente posible*, ambición nobilísima por su objeto que era dar gloria a Dios, y por la fe robusta que la inspiraba. Comparadas con esa ambición, euan miserables, euan falsas parecen todas las demás! — *falsas*, porque bien mirado, ¿en qué se apoyan? en un estrecho egoísmo, en vanidad, en nada. Ciento sesenta años duró la obra de la catedral: a Arnolfo di Lapo sucedió en su dirección el Giotto, que como todos los grandes artistas de aquellos grandes siglos del arte (del XIII al XVI) era un artista *completo*, — es decir, profesaba el culto de la belleza en todas sus manifestaciones, — pintor, escultor, arquitecto y poeta. Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Benvenuto Cellini, los artistas por excelencia, eran además de todo eso grandes ingenieros, y alguna vez grandes soldados. — Leonardo escribió un excelente tratado de la pintura. Las fortificaciones de Civita-Vecchia son obra de Miguel Angel. Cellini defendió heroicamente en 1527 el castillo de Santangelo contra las hordas aventureras del condestable de Borbon, y es fama que la bala de arcabuz que puso fin a la vida de aquel gran traidor fué disparada por la mano del grande artífice. — La fachada que hizo el Giotto, de que dan una idea las pinturas de los claustros de *Santa Croce* y de *San Marco*, fué demolida a fines del siglo XVI, para sustituirle otra que aun no esta concluida, gran lunar en tan admirable monumento. La cúpula ó *duomo*, obra de Brunelleschi, tiene un pié mas de diametro interior que la de San Pedro de Roma, construida un siglo despues por Miguel Angel, el cual solia decir de aquella: Es difícil hacer tanto, es imposible hacer mas.

No recuerdo haber visto en mi vida monumento mas airoso, mas gallardo y gentil que el *Campanile* de Florencia, maravillosa joya del Giotto de que era tan apasionado Carlos V, que hubiera querido, decía, ponerle

bajo un fanal para guarecerle de la intemperie. La intemperie, sin embargo, le ha respetado como por arte mágica: cinco siglos no han podido causar la mas leve alteracion en sus elegantísimos perfiles ni en la multitud de primorosos bajo-relieves alegóricos y estatuas que le decoran, obra del mismo Giotto, de Donatello, de Andrea Pisano y del gran Luca della Robbia. La torre entera está revestida de mármoles blancos, negros y colorados con gracioso artificio. Su altura es de 258 pies, á que el Giotto se proponia añadir una pirámide de 80, — y lo hubiera hecho! Hoy es una maravilla: entonces hubiera sido un milagro.

El *Baptisterio* es una especie de rotonda octógona, construida en el siglo VII sobre las ruinas y con los materiales de un antiguo templo pagano: nada tendria de particular exteriormente (por dentro es riquísima de mosaicos) si Ghiberti no le hubiera enriquecido con sus admirables puertas de bronce. En su exaltado fanatismo por todo lo bello, Miguel Angel temia que Dios se las quitase á Florencia para hacer de ellas las *puertas del cielo*. ¿Cómo ni para qué describirlas aquí? Tan conocidas son por los aficionados á las artes, que para estos nada nuevo podría yo decir; y á los que tienen la desgracia de no serlo, poco les interesaria lo que dijese. Una sola observacion quiero hacer, no acerca de aquellas puertas, dignas del cielo, sino sobre los tres edificios que juntos componen la catedral de Florencia, una de las glorias de la tierra. He hablado de los que tienen la desgracia de no amar las artes, que vale tanto como decir que no sienten sus encantos. ¡Pues bien! yo quisiera que los que padecen esa enfermedad del alma, hiciesen la prueba, — si pueden, — de ir á Florencia y de mirar en una clara noche, á la luz de la luna, el *duomo*, el *campanile* y el *baptisterio*, sentados en la *pedra del Dante*, — poste desde donde es fama que el gran poeta solia contemplar extasiado las obras maravillosas que por entonces se iban alzando bajo la poderosa mano de su amigo el gran Giotto. Si á la vista de aquel mágico espectáculo, si al recuerdo de aquellos nombres inmortales no siente despertarse algo en su corazon y en su entendimiento, mala señal! Será que su dolencia es incurable, pero yo creo que de dos casos en uno por lo menos, el enfermo sentira algun alivio.

Si así no fuere, haga otra prueba, siguiendo este nuevo método de higiene espiritual. Vaya a la galeria *degli Uffizi*, situada en el *Palacio Viejo*, y pásese algunas mañanas en la *Tribuna*, donde no hay mas que obras maestras: allí estará seguro de no equivocarse admirando con entera confianza todo lo que tenga delante, cuadros y estatuas. Allí encontrará entre otras joyas la *Vénus de Médicis* y el *Apolino*, los dos mas acabados compendios de la belleza humana: entre las pinturas encontrará una de las mejores *Vénus* del Tiziano, que pintó tantas en su larga vida, una *Sacra familia* de Miguel Angel, una *Adoracion* de Alberto Durer, varios Correggios, una *Madona* de Andrea del Sarto que justifica el título de *Rafael florentino* dado á este gran pintor; — la *Fornarina* de Rafael, que algunos creen con gran fundamento que no representa á la célebre panadera, sino á otra belleza mas ilustre, Victoria Colonna, marquesa de Pescara, objeto del amor platónico de Miguel Angel. Ni aun están muy seguros los inteligentes de que el retrato sea en realidad de Rafael. Lo que nadie duda es que es admirable. Una observacion haré sobre el Correggio, con ocasion de sus cuadros de la *Tribuna*. Pasa en autoridad de cosa juzgada que en este eminente pintor se reveló muy tarde la vocacion artistica, y que ya tenia cuarenta años cuando á la vista de un cuadro de Rafael, prorumpió en su tan conocida exclamacion: *Auch'io son pittore!* Ahora bien, una de sus obras de la *Tribuna* (la *Sacra Familia en Egipto*) fué pintada por él á la edad de veinte años y es ya una obra maestra. Como esta son otras mil anécdotas que corren muy acreditadas por el mundo.

La galeria Pitti, que forma parte del palacio ducal, es aun mas escogida si no mas rica que la de los Uffizi. Allí está la encantadora *Virgen de la Silla* de Rafael, solo comparable con la *Perla* de nuestro museo de Madrid. Allí están tambien la *Bella* del Tiziano, los dos célebres retratos de Rafael, de Angel y Magdalena Doni, interesante particularmente este último porque parece haber servido de tipo á las figuras de *Virgen* de aquel gran genio... pero ¿á qué cansarme? Es tanto y tan admirable lo que hay allí en punto á pinturas de los primeros maestros del mundo, incluso nuestros inmortales Velazquez, Murillo y Ribera, que me seria imposible ni aun meramente citarlas todas. ¿Cómo han llegado á reunirse en la capital de un Estado tan pequeño como la Toscana, tantas veces destrozado por guerras civiles y extranjerías, tan incalculables tesoros? La fecundidad artistica del país, digámoslo así, y una serie de principes no todos buenos, pero todos ilustrados, — los Médicis, — lo explican en gran parte. En Florencia se respira con el aire el sentimiento artistico: es imposible que allí los principes no miren por las artes. Cuando yo llegué á Florencia hace algunos meses, iba en muy triste disposicion de ánimo, entre otras cosas porque habia leído en los periódicos, y — lo confieso con rubor, — *lo habia creído* (¡mentira parece!) — que cuando el actual gran duque abandonó con su familia la capital á consecuencia de la última revolucion, se habia llevado los mejores lienzos y otras preciosidades de las galerias Pitti y de los Uffizi. ¡Los periódicos lo aseguraban de tal modo!... y en efecto, *no era verdad*. Ni una hilacha, como suele decirse, faltaba en ninguno de los dos museos, ni aun siquiera una preciosa *Virgen* de Rafael, conocida con el dictado de la *Virgen de la Duquesa*, — propiedad particular de aquella augusta familia, como

otros muchos cuadros de la galeria Pitti, y en que mediaba la circunstancia de que por tradicion ó etiqueta de la corte, ó mas bien, creo yo, por especial devocion de las duquesas de Toscana, estas la llevaban siempre consigo en sus viajes, de donde proviene el nombre con que es conocida en la historia del arte. Por si aquel triste viaje no tenia regreso, la actual duquesa no quiso sin duda llevarsele consigo, noble rasgo que con sincera efusion me complazco en consignar para edificacion de los que estudian la historia y la política en los periódicos. De paso diré que lo mismo, exactamente lo mismo, vi en los museos de Parma y Módena, situados ambos en los palacios de los respectivos duques. Con la duquesa de Parma no se atrevió la calumnia, señal de que no se atreve á todo; pero del duque de Módena aseguraban (yo lo he leído en numerosas *correspondencias*) que no habia dejado ni aun los clavos de que pendian las pinturas. La verdad es que no falta ni una pintura ni un clavo.

Una de las grandes curiosidades de Florencia (no pudiendo citarlas todas, me limito á las mas eminentes) es el *Cenáculo de Foligno*, precioso fresco de Rafael, descubierto en 1850, en una casa, — mejor dicho, en una cochera de la calle *Faenza*, número 4,771. Y aquí conviene observar que el sistema de numeracion de las casas en Florencia, como en algunos otros pueblos de Italia, no en todos, es algo extravagante: empiezan á contar en un extremo de la poblacion y acaban en el opuesto. Recuerdo la sorpresa que me causó cuando fui á visitar la *casa Buonarroti*, en que nació Miguel Angel y que todavia pertenece á uno de sus descendientes, ver que está situada en el número 7,588 de la calle *Ghibellina*. La de Maquiavelo está en la calle *Guicciardini*, pero nada mas que en el número 4,345; para Florencia es muy poco. — Volviendo al fresco arriba citado, su historia es muy curiosa: pintado por Rafael en 1505, es decir, cuando solo contaba veinte y dos años, en el refectorio de un antiguo convento de monjas de San Onofre, desapareció completamente detrás de un nuevo tabique, cuando derribado lo principal del convento, este se convirtió en taller de un maestro de coches; derribado á su vez el taller, hoy convertido en museo egipcio (coleccion Rosellini), apareció la pintura al fresco del gran maestro, perfectamente conservada, delicia de los inteligentes. La composicion ofrece mucha analogia con otra *Cena* del Ghirlandajo que se conserva en el convento de San Marcos: la misma serenidad en el conjunto, la misma dulce y noble expresion de las figuras son de admirar en ambas, aunque muy inferiores las dos á la famosa de Leonardo de Vinci que se conserva, muy maltratada por las injurias de la humedad y del tiempo, en el convento de *Santa Maria delle Grazie*, de Milan. En la de Rafael es visible la imitacion del gusto de su maestro el Perugino.

Entre las muchas preciosas iglesias de Florencia es doblemente interesante la de *Santa Maria Novella* para nosotros los españoles á causa de su capilla, que lleva nuestro nombre, toda decorada con curiosas pinturas murales de Simon Memmi. En esta iglesia se ven la célebre *Madona de Cimabue*, primer monumento del renacimiento de la pintura en Florencia, y una serie de frescos, que llenan todo el coro, obra de Domenico Ghirlandajo, el maestro de Miguel Angel.

Voy á concluir con una noticia que podrá interesar á los que como yo, llevan hasta el fanatismo la aficion al divino Virgilio. Sabido es lo mucho que han disertado los filólogos sobre si en el segundo verso de la *Eneida* (el sexto empezando por *Ille ego qui quondam*, modo de empezar ya desusado) debe leerse

..... *Laviniaque venit*  
Litora...

ó bien

..... *Laviniaque venit*  
Litora...

La cuestion dura hace siglos *et adhuc sub iudice lis est* (un latinajo en esta polémica no puede estar de mas; es de *circunstancias*). A la vista tengo las dos mejores ediciones modernas de mi poeta favorito, que son la de Herman Paldamo, de Leipsic, 1854, hecha en vista de los excelentes trabajos de Heyn y Wagner, y la de Didot, de Paris, 1858. En la primera se lee *Laviniaque venit*; en la segunda, *Laviniaque venit*. La misma amable variedad se advierte en una infinidad de ediciones antiguas y modernas que he consultado, y de las cuales poseo las mas, — noticia poco interesante en sí, pero que me atrevo á dar como embozado anuncio de que estoy preparando otra nueva edicion que espero en Dios ha de valer mas que todas las anteriores: si así no fuere, no será por falta de diligencia. Como dato precioso para resolver el punto en litigio, deseaba yo hace mucho tiempo consultar *de visu* el mas antiguo código virgiliano conocido, — del siglo IV ó principios del V, — que se custodia entre los de la riquísima Biblioteca Laurentina de Florencia. Apenas llegado á la ciudad de los Médicis, volé á dicha biblioteca, pasé por alto, como cosa de menos valer, las *Pandectas* del siglo VI ganadas en la toma de Amalfi por los pisanos en 1135, y que si no revelaron á Europa, segun han demostrado Muratori y Savigni, divulgaron en ella por lo menos el conocimiento de las leyes romanas; — los dos Tacitos de los siglos VII y VIII, — el *Horacio* que perteneció al Petrarca, — la altanera *Carta* autógrafa del Dante en que rehusa el perdon condicional de la república despues de cinco años de destierro, — en suma, desdénando la flor y nata de los nueve mil manuscritos próximamente allí atesorados, busqué con una ansiedad que comprenderán los gramáticos, el precioso texto. Decia muy claro *LAVINIAQUE VE-*

*nit*, — leccion conforme con la mayoría de los antiguos textos impresos, entre ellos el vulgarísimo anotado por Minelio, que durante muchos años ha sido en España el de las aulas. De paso quise saber á qué atenerme sobre la audaz innovacion propuesta ó mas bien renovada por Wagner y otros sabios alemanes, que quieren que no se diga *Virgilio* sino *Vergilio*, pero me quedé con la curiosidad: el código laurentino no tiene título ni portada.

Y con esto doy punto por hoy á los *Recuerdos de Florencia*, sin perjuicio de volver á ellos en mejor ocasion, pues son muchos y muy halagüeños y me durarán toda la vida los que ha dejado en mi

« La mágica ciudad que riega el Arno. »

De mi reciente excursion, solo ceden en encanto á los que me ha dejado Venecia.

EUGENIO DE OCHOA.

### Serenata.

Recoge la magnolia  
Sus hojas bellas,  
Cuando al romper el dia  
La luz despierta:  
Pero las abre  
Cuando sus tristes sombras  
Tiende la tarde.

Cuentan que altivo el soplo  
De la mañana  
Quiso en sus hojas frescas  
Posar las alas:  
Y en vano quiso,  
Que ella cerró sus hojas  
Al aire altivo.

El rocío impaciente  
Deshecho en perlas,  
Quiso tambien ansioso  
Mecerse en ellas:  
Mas la magnolia,  
Tambien cerró al rocío  
Sus castas hojas.

En vano el rayo hermoso  
Del alba pura,  
Su pudoroso cáliz  
Brillando busca;  
Ni el aire leve,  
Ni la luz, ni el rocío...  
Nadie la vence.

Tiende la tarde lenta  
Su sombra triste,  
Y entre los ramos sueltos  
El viento gime;  
Vuela perdido  
Derramando en las flores  
Muchos suspiros.

La magnolia las hojas  
Entreabrió ufana;  
Y el viento enamorado  
Le robó el alma:  
Y desde entonces  
Sus blandas hojas abre  
Solo de noche.

Niña alegre y ligera,  
Tímida y casta:  
Mas que el laurel lozano  
Fresca y gallarda,  
A mis suspiros  
Abre las castas hojas  
De tu cariño.

Yo el vientepecillo puro  
Seré suave,  
Que nace cuando triste  
Muere la tarde.  
Vago en la sombra,  
¿Quieres tú, dulce niña,  
Ser la magnolia?

JOSE SELGAS.

### Viaje de Sus Majestades

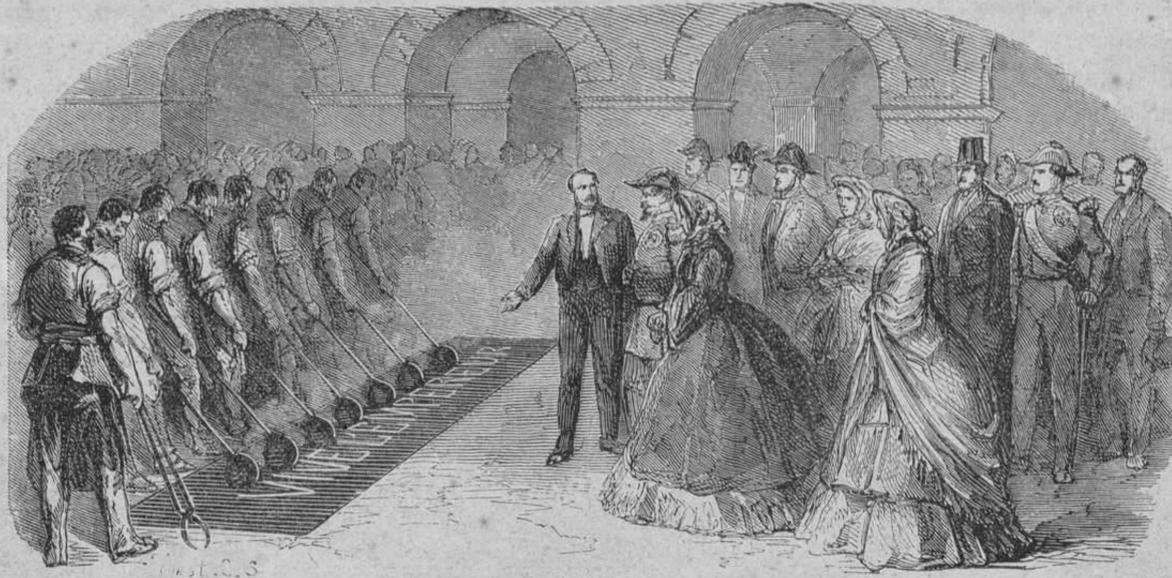
EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES POR LOS DEPARTAMENTOS DEL NIEVRE, DEL PUY-DE-DOME, DEL ALLIER Y DEL CHER.

El 7 de julio último, el emperador y la emperatriz de los franceses salieron de Fontainebleau para visitar varios de los departamentos del centro del imperio. En Cosne esperaban á SS. MM. el mariscal Baraguey de

Hilliers, que tiene el mando de estos departamentos, y el prefecto del Nievre. El tren imperial llegaba á las dos y media á Fourchambault.

El convoy, marchando despacio, se adelantó hasta el centro de las fabricas donde se encontraban mas de seis mil obreros.

En el punto en que se apearon SS. MM. se elevaba sobre un alto monton de carbon menudo cubierto con enormes masas figurando peñascos, un templo de forma griega, hecho con gruesos tubos de fundicion y cubierto de leña. El emperador y la emperatriz visitaron una parte de los talleres, donde fueron recibidos con aclamaciones y señales de simpatia. A su vista vaciaron algunas placas de fundicion, en una



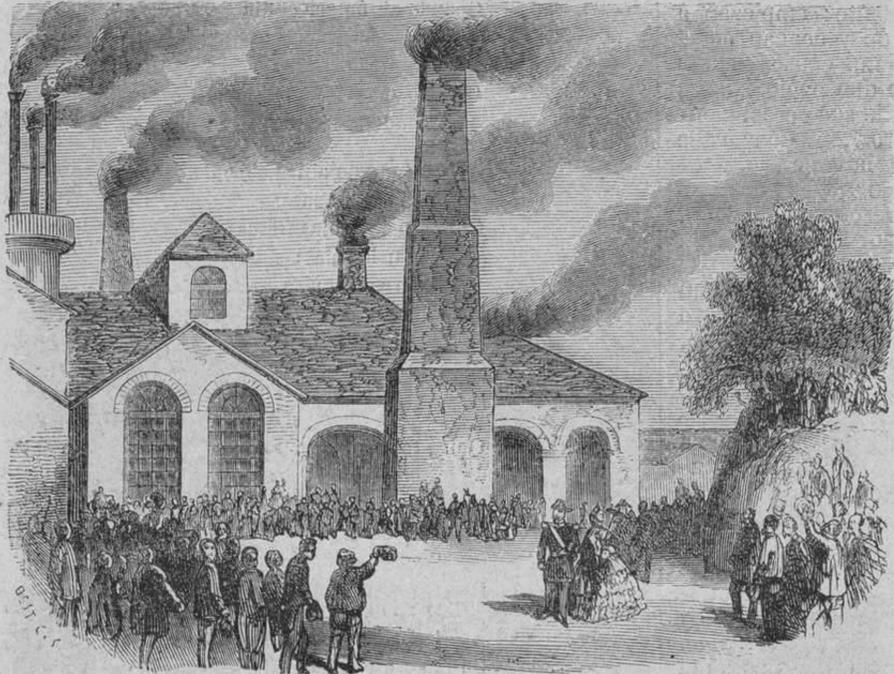
SS. MM. en la fundicion de Fourchambault.

de las cuales se leian las palabras: ¡Viva el emperador! ¡Viva la emperatriz!

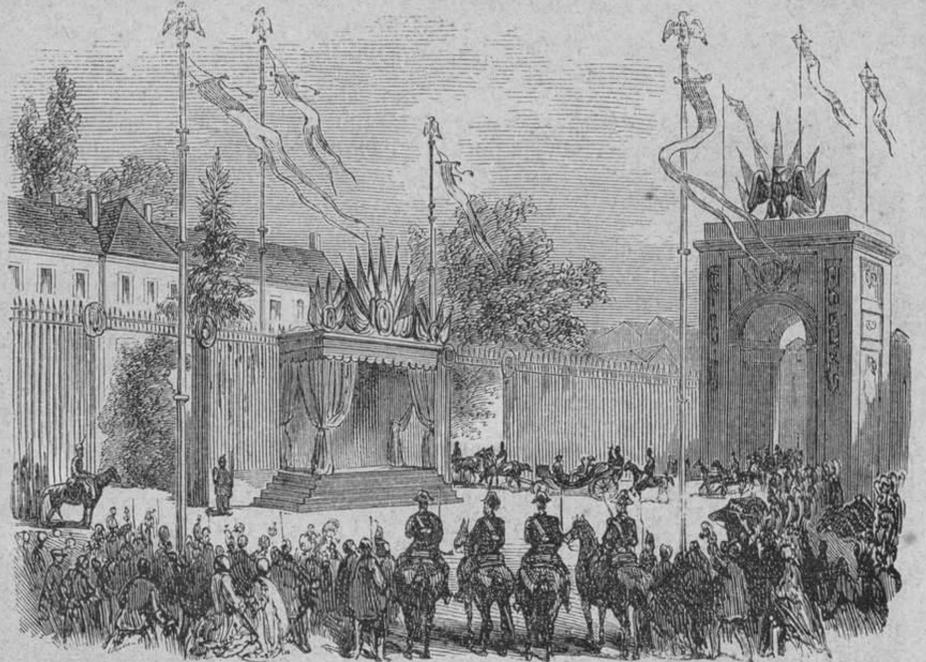
El mismo dia á eso de las cinco SS. MM. llegaron á Nevers, donde despues de visitar la catedral y despues de haber recibido á las autoridades, asistieron al desfile de las poblaciones rurales, así como tambien á un baile dado por el ayuntamiento en el antiguo palacio de los duques del Nivernais.

El 8 SS. MM. visitaron primeramente Riom, donde fueron recibidas con gran pompa por las autoridades, y despues pasaron á Clermont.

En estas dos ciudades, así como en Nevers, la acogida de las poblaciones no pudo ser mas simpatica. El alcalde de Clermont ofreció al emperador



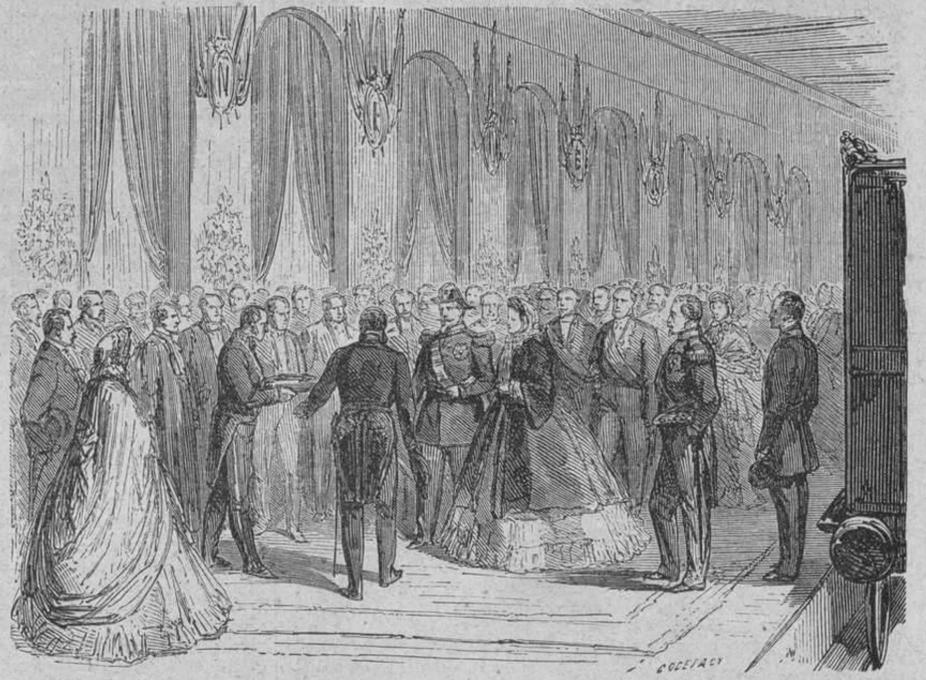
SS. MM. en las fraguas de Fourchambault.



Llegada de SS. MM. á la prefectura de Nevers.



Llegada de SS. MM. á Riom.



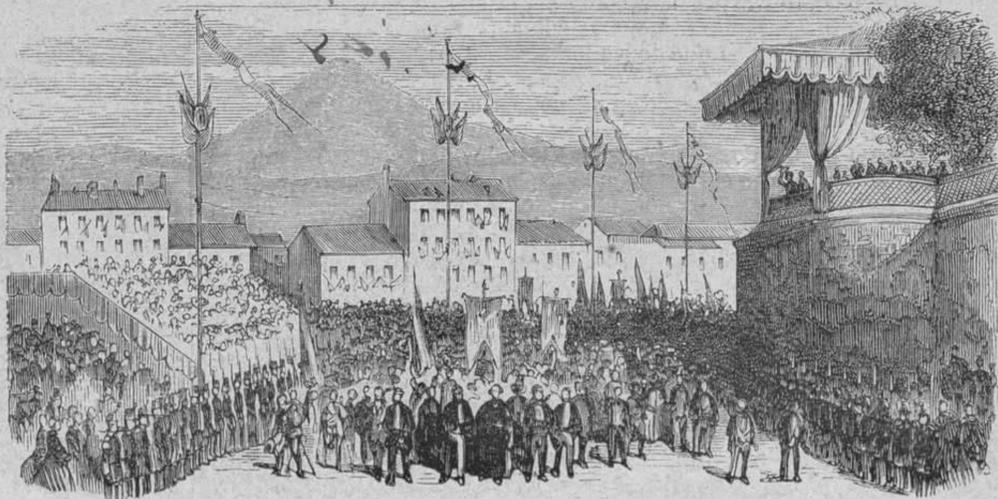
El alcalde de Clermont entregando al emperador las llaves de la ciudad.

las llaves de la ciudad. SS. MM. visitaron la catedral, recibieron á las autoridades y asistieron en el jardin de la Prefectura al desfile de las poblaciones rurales.

Aquí como en Nevers, casi todos los pueblos del departamento estaban representados por diputaciones, con las banderas á su cabeza y guiadas por el alcalde. Cuatro horas duró el desfile.

En la mañana siguiente el emperador hizo una excursion á Gergovia, visita importante para S. M. que escribe la historia de Julio César, y sobre la cual damos en otro lugar de este número algunos pormenores.

La emperatriz acompañó al emperador y visitó varias salas de asilo, así como los hospitales civiles y mili-



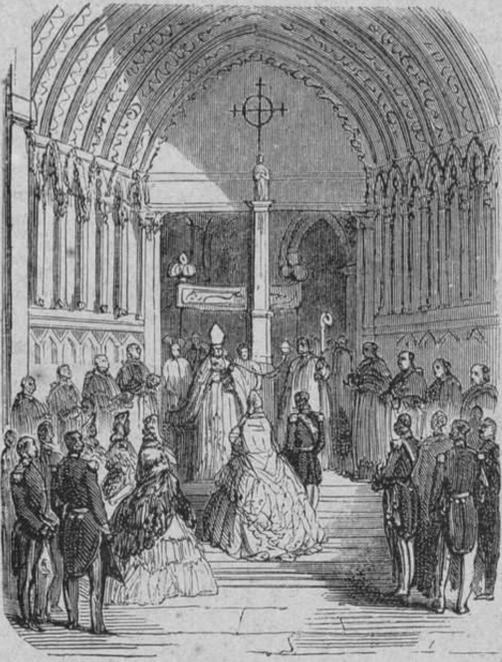
Aclamacion de SS. MM. en el jardin de la prefectura de Clermont.

tares. Por la noche SS. MM. asistieron á un baile magnífico, donde su presencia excitó el mayor entusiasmo.

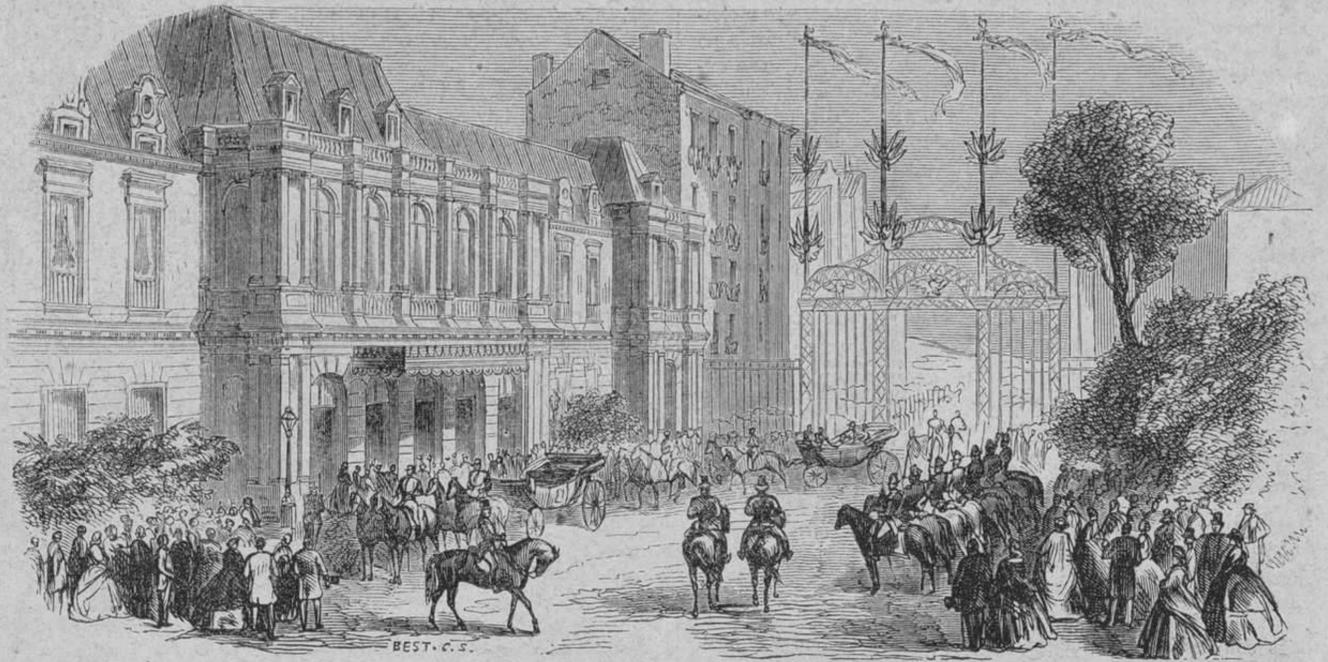
El emperador y la emperatriz salieron de Clermont el 10 á las once de la mañana. SS. MM. no hicieron mas que atravesar el departamento de Allier, y deteniéndose solo una hora en la estacion de Moulins, ricamente adornada. Recibieron á las autoridades y á las señoras de la ciudad.

El tren imperial se alejó lentamente á fin de que la poblacion reunida en muchedumbre por ambos lados de la via, pudiese disfrutar de la presencia de Sus Majestades.

En Bourges, donde SS. MM. llegaron á las cuatro y media, la acogida no fué menos entusiasta. Al dis-



Recepcion en la catedral de Clermont.



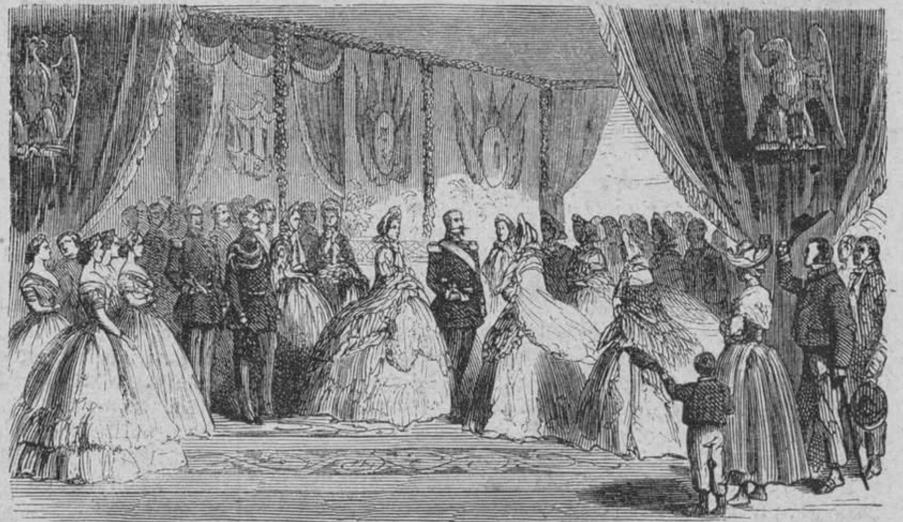
Llegada de SS. MM. á la prefectura de Clermont.



SS. MM. saludando á la poblacion á su llegada al baile de Clermont.



Visita de S. M. el emperador á Gergovia.

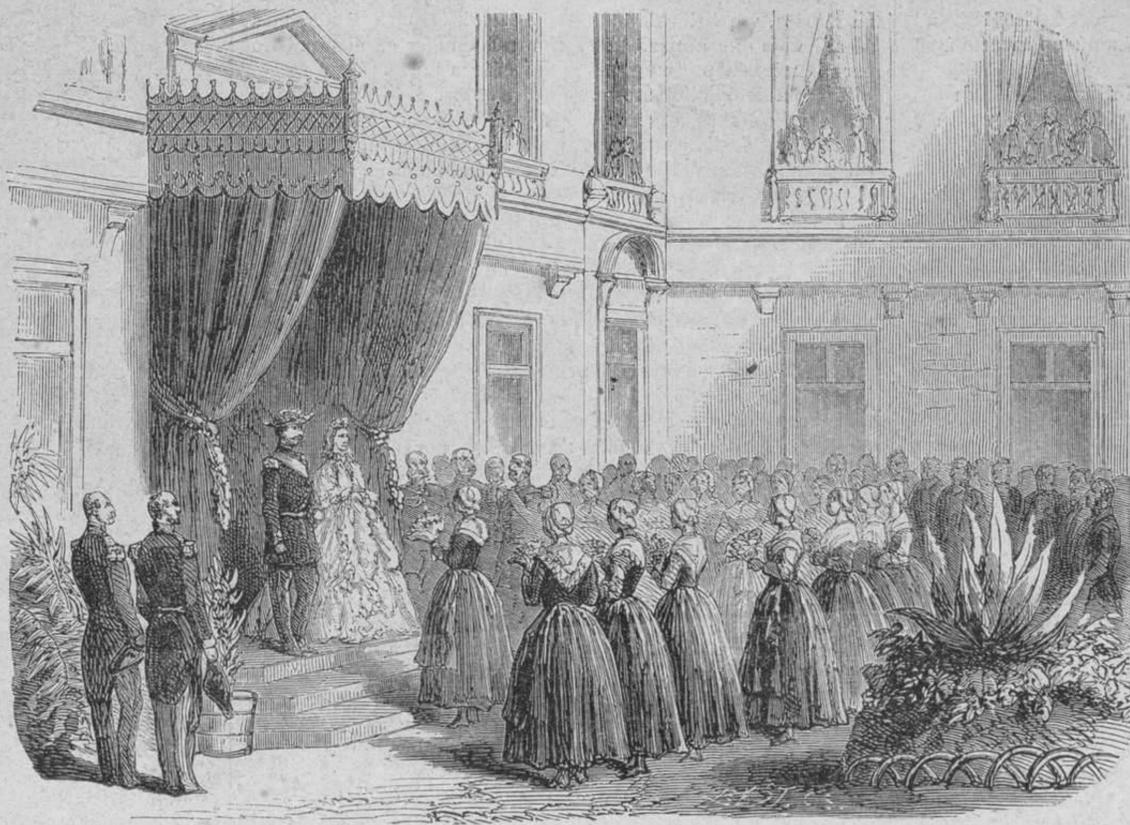


Recepcion de señoras en la estacion de Moulins.

curso que pronunció el alcalde al presentar las llaves de la ciudad, el emperador respondió que la acogida que recibía era para él la prueba de que no habían cambiado los sentimientos de las poblaciones; pues S. M. recordaba con placer que hace diez años Bourges fué la primera ciudad que aclamó el imperio. El emperador añadió que quería hacer de Bourges un gran establecimiento militar colocado en una posición central al abrigo de todo ataque, y que debía aumentar aun las fuerzas defensivas de la Francia.

Después de la visita á la catedral y la recepcion de las autoridades, las ramilleteras de la ciudad fueron admitidas á ofrecer flores á la emperatriz.

Al otro dia el emperador pasó revista á las tropas de la guarnicion, visitó las obras que se ejecutan actualmente y asistió á las experiencias de artilleria, en tanto que la emperatriz recorria los establecimientos de beneficencia. A la una SS. MM. se separaron, el emperador para pasar á Vichy, adonde llegó á las cinco,



Las ramilleteras de Bourges ofreciendo flores á S. M. la emperatriz.

y la emperatriz para volver al palacio de Saint-Cloud, que habita en este momento con el principe imperial.

X.

**Revista de Paris.**

Como venimos diciendo hace algunas semanas, todo el mundo elegante de la sociedad de Paris se halla en movimiento. Hay gente para todo: para las orillas del Rin, uno de los viajes mas pintorescos que pueden emprenderse en Europa; para la Suiza, la Alemania, la Italia, la Bélgica y los Pirineos, y esto sin contar la Inglaterra, que con su Exposicion universal ejerce este año la fuerza principal de atraccion para los viajeros de todos los paises. Muchos parisienses se quedan tambien en las inmediaciones de Paris, que son un continuado embeleso en torno de la capital, sin otro inconveniente que el de hallarse demasiado cerca de ella. Las leyes de la moda nos han señalado este inconveniente, advirtiendonos que la ventura y el placer no deben

encontrarse con facilidad, sino que es preciso tomarse la molestia de salirlos á buscar mucho mas lejos. Pero por desgracia no siempre esto es verdad, y así sucede, que personas que se encontrarían muy á gusto en Asnières, en Versailles ó en San German, se aburren elegantemente en Trouville, en Dieppe, en Baden ó en los Pirineos. Si el encantado pueblecillo de Enghien con sus fuentes sulfúreas, su hermoso lago cubierto en sus márgenes de preciosas casas de recreo y sus bosques contiguos, se encontrase á cuatrocientos kilómetros de París, no habría establecimiento termal mas á la moda; pero hallándose á pocos minutos de la capital se ve desdeñado hasta por las personas que necesitan recurrir á la virtud de sus aguas, y que van á buscarlas á lo lejos, en sitios donde está probado que son mucho menos eficaces.

— ¡ Enghien está tan cerca! dicen todos; y hé ahí la poderosa razon que les obliga á despreciar un punto tan bellísimo.

Pero no hay remedio, es preciso viajar, y ya estamos viendo el día en que la gente que aun tiene costumbre de pasar el verano en las cercanías de París, avergonzada de encontrarse tan cerca se ocultará de sus amigos, lo mismo que si se quedara dentro de la capital, lo que es entre la elegancia una verdadera mengua.

Este prurito de viajar en la temporada veraniega, que de las clases elevadas se va difundiendo hasta en el pueblo, gracias á las facilidades que para ello ofrecen las empresas de los ferrocarriles con la organizacion á precios reducidos de trenes especiales con destino á varios puntos de Francia y del extranjero, suele dar margen á equivocaciones y lances chistosos. Sirvanos de ejemplo el siguiente:

Un individuo de mediana fortuna y de escasa instruccion, recorria económicamente la Bélgica y la Holanda. Al llegar á Amsterdam, esa ciudad vasta y opulenta llena de casas magníficas, de grandes buques y de hombres engolfados en los negocios, llamó su atencion un bello palacio, cuyas altas chimeneas, hermosas cornisas y grandiosos balcones contempló largo rato con asombro.

Por fin, no pudo menos de detener á un transeunte y le preguntó:

— Amigo mio, ¿podrais indicarme cómo se llama el dueño de ese soberbio edificio, que tiene esos tientos de flores en las ventanas?

El transeunte, que sin duda llevaba prisa y que por otra parte no comprendia el lenguaje de son interlocutor, respondió con un tono seco y breve:

— ¡Kannitverstan! y se alejó murmurando.

Es esta una palabra holandesa, ó por mejor decir un compuesto de palabras holandesas, que significan:

— No le entiendo á usted.

Pero nuestro buen viajero creyó que era el nombre de la persona por quien habia preguntado.

— ¡Qué hombre tan rico debe ser el señor Kannitverstan! se dijo para sí, y siguió adelante.

De calle en calle llegó por fin á la rada, donde vió el mar cubierto de buques cuyos palos formaban una selva de mástiles.

No podia cansarse de admirar este espectáculo, cuando vino á distraerle un buque mayor recién llegado de las Indias orientales y que descargaban en aquel momento.

Ya veía extendidas sobre el muelle largas hileras de cajas y de fardos que se aumentaban sin cesar con nuevas cajas de azúcar, de café, de arroz y de especias.

Uno de los mozos que descargaban acertó á pasar á su lado con un bulto al hombro, y el viajero no pudo resistir á la tentacion de preguntarle quién era el afortunado mortal á quien pertenecían aquellas mercancías.

— ¡Kannitverstan! respondió el mozo.

— ¡Ah! ¡El mismo de antes!... Ya lo creo; un hombre que recibe por los mares tantas riquezas, puede muy bien edificarse palacios con jardines aéreos en las ventanas.

Y luego se volvió atrás haciendo una porcion de tristes reflexiones, pensando en lo pobre que era él comparado con los ricos que hay en el mundo.

— ¡Ah! ¡Si yo llegara á ser un dia otro señor Kannitverstan! se decía suspirando, cuando en la esquina de una calle distinguió un entierro pomposo.

Cuatro caballos negros tiraban de un carro con triste lentitud como si hubiesen comprendido que llevaban á un muerto á su última morada.

Una larga fila de parientes y amigos del difunto seguia de dos en fondo, todos vestidos de luto y sumergidos en un profundo recogimiento.

A lo lejos se oia el ruido de una campana solitaria.

Entonces el viajero sintió la impresion de melancolía que sienten todo hombre á la vista de un entierro, y descubriéndose con aire respetuoso dejó pasar á toda la comitiva.

Sin embargo, se juntó con la última persona que era un grueso mercader muy ocupado á la sazón en calcular lo que podría ganar en una partida de lana, y tirándole suavemente del vestido, le dirigió con timidez esta pregunta:

— ¿Sin duda era un amigo vuestro el hombre cuyos despojos mortales acompañais tan afligido al campo santo?

— ¡Kannitverstan! respondió el mercader.

Entonces el viajero se enterneció.

— ¡Pobre Kannitverstan! se dijo; ¿qué te queda á esta hora de toda tu riqueza? Lo que un dia tendré yo en mi condicion: una mortaja y un féretro, y de todas las bellas flores de tu palacio apenas tendrás en breve sobre tu sepultura mas que alguna mata de romero entre las yerbas.

Sumergido en tan tristes ideas acompañó el cadáver hasta la tumba como si hubiese formado parte del cortejo, y oyó con la mayor compuncion la oracion fúnebre dicha en holandés.

Por fin se volvió con los demás haciendo filosóficas reflexiones sobre la miseria y fragilidad de las cosas de este mundo.

Ahora, dice M. H. de Suckau, quien ha contado detenidamente esta curiosa anecdota, cuando el viajero en cuestion se entretiene con el pensamiento de que hay en el mundo tantas personas ricas mientras él posee no mas que lo bastante para vivir con decencia, no tiene mas que acordarse del señor Kannitverstan de Amsterdam, con su palacio, su hermoso navío y el estrecho espacio de su tumba.

Esta anecdota nos ha llevado lejos de París, mas á decir verdad, la crónica parisiense debería escribirse viajando cuando llega esta temporada. En el dia tiene mas interés el programa de las funciones teatrales preparadas en Baden, que todas las ocurrencias del bosque de Boulogne ó del boulevard de los Italianos. Los principales artistas del Teatro Francés y de la Opera Cómica abandonan sus cuarteles de invierno para trabajar en el escenario de estío improvisado en aquella residencia afortunada. ¿Qué nos queda pues en París? La inauguracion del hotel de la Paz, que se celebró con un espléndido banquete, al que asistieron representantes de todos los diarios, quienes en la semana que acaba de transcurrir nos han pintado la nueva fonda con los colores que se podrian emplear tratándose de un palacio encantado. En efecto, no tiene su igual en París en punto á comodidades, lujo y comfortable. Este gran hotel lo posee todo, todo excepto un nombre. En un principio se le llamó «hotel de la Paz», despues «grande hotel de la Paz», y en el dia una y otra denominacion han debido suprimirse. El caso es muy sencillo. M. Muller, propietario de un hotel llamado de la Paz en el boulevard de Capucines, entabló demanda judicial contra la compañía inmoviliaria á la que pertenece el nuevo establecimiento, pidiendo la supresion del rótulo susodicho como una propiedad de la casa que dirige, y que se conoce hace muchos años con aquel nombre. El tribunal de comercio del Sena dictó un fallo que autorizaba á la compañía inmoviliaria para conservar el título adoptado, bajo la condicion de que se añadiera otra denominacion para que no pudiera confundirse con la fonda de M. Muller.

De aquí el adjetivo de «grande» antepuesto al título del hotel, en atencion á que los grandes no se confunden con los pequeños. Pero el pequeño, es decir, M. Muller apeló, y el tribunal, fallando nuevamente, decidió que Muller tenia razon en su demanda, y bajo este concepto prohibió á la Compañía Inmoviliaria que pusiese el título de «Hotel de la Paz» ó de «Gran hotel de la Paz» al establecimiento que acaba de inaugurar tan pomposamente, y que hasta la hora en que escribimos no ha recibido un nuevo nombre. Esta cuestion singular ha interesado mucho estos dias á la poblacion parisiense.

En la semana que acaba de transcurrir ha ocurrido un hecho que prueba cuán lista anda en París la imaginacion de los estafadores cuando se trata de una presa decente.

Un caballero que vino dias pasados de Fontainebleau perdió en el camino un alfiler de pecho de mucho valor, y que él estimaba principalmente porque era un recuerdo de familia. Al punto reclamó la alhaja por medio de carteles, haciendo de ella una minuciosa descripción y prometiendo recompensar con 200 francos á la persona que se la devolviera.

Dos dias despues, al salir de nuevo para París, entregó á su portero los 200 francos con encargo de ponerlos en manos de la persona que restituyera el alfiler.

Aquella misma tarde le presentaron una joya idéntica á la que se habia perdido, y que el portero tomó al instante pagando la recompensa prometida; pero hé aquí que en la mañana siguiente llega otro individuo con otro alfiler no menos idéntico al que se buscaba, y reclama la consabida suma.

El portero se imagina que tiene delante á un ladron, le injuria y hace que le prendan.

Pocos instantes despues llega el dueño y se entera de lo sucedido. Examina el último alfiler traído, y reconociendo que era el verdadero, debió entregar los 200 francos al que le habia presentado, devolviéndole al mismo tiempo su libertad. En cuanto al otro, se conocia que habia sido fabricado con acuerdo á la designacion impresa en los carteles: era de cobre dorado, y el brillante se habia confeccionado con un pedazo de cristal.

Los teatros de París siguen desamparados del público, como es costumbre tradicional en los tiempos que atravesamos. En el de la Puerta de San Martin se ha tratado no obstante de llamar la atencion con un drama nuevo en cinco actos y seis cuadros, primera produccion de M. Tetedoux. Echemos una rápida ojeada sobre su argumento.

La accion tiene lugar en las cercanías de Marsella en 1815.

Una pobre anciana medio muerta de hambre y de inquietud espera á su hijo que ha salido en busca de un empleo en alguna fábrica, y que llega por fin, mas sombrío, mas pálido, mas desanimado que nunca. Andrés no trae en efecto, ni un alívio para la miseria presente, ni una esperanza para lo futuro.

Hace un tiempo horroroso, y un rico comerciante de Marsella, cuyos caballos espantados se niegan á pasar adelante, entra á pedir la hospitalidad en casa de la anciana.

Santiago Maurel, que este es su nombre, antes de meterse en la cama recorre algunos papeles, y luego saca una bolsa y la arroja sobre la mesa.

En este momento sale Andrés del cuarto de su madre, de su pobre madre que acaba de dormirse en ayunas, y se estremece al sonido del oro. Tentado por el diablo, va á cometer un robo, pero en el instante de hacerlo, Maurel se despierta, se incorpora en la cama y le detiene.

El comerciante no tarda en comprender que no es aquel hombre un ladron de profesion, sino un desgraciado digno de lástima, y con efecto, se apiada de su suerte, le entrega la bolsa y le dice que en todos sus apuros acuda á él, antes que consumir una accion deshonrosa.

En respuesta, el jóven agradecido le ofrece su vida y su sangre.

— No olvideis que me llamo Andrés Rubner, exclama, y si un dia, sea el que quiera, el acaso me pone en vuestra presencia y me necesitais, no olvideis, repito, que mi vida os pertenece.

Aquí concluye el prólogo, y al alzarse de nuevo el telon han transcurrido diez años.

El comerciante Maurel se halla á punto de declararse en quiebra. Sin querer dar parte á nadie de su desgracia, abraza á su hija y la confia al anciano Gilberto, su dependiente principal y buen amigo, para que la lleve á Santa María, á casa de una parienta que la ha criado; pero ni Luisa ni Gilberto pueden consentir en alejarse en medio de situacion tan crítica.

— M. Maurel alimenta algun proyecto siniestro; no marchemos de aquí, dice Gilberto á la jóven.

Y en efecto, aparentan marcharse y vigilan cuidadosamente al infeliz Maurel.

En cuanto este se ve solo, prepara una pistola y se dispone á suicidarse; pero en esto acude Andrés y le detiene por el brazo.

— Acordaos de mis palabras, le dice, «mi vida os pertenece.»

Con la limosna de Santiago Maurel, Andrés pudo esperar el trabajo; las palabras de su bienhechor llenaron su corazon de ánimo y de fuerza; en fin, gracias al comerciante, ha conservado el honor y ha hecho una fortuna.

Andrés llega de las Indias, donde ha visto que Santiago Maurel perdía uno por uno todos sus buques, todos sus establecimientos comerciales, y no ha vacilado en correr á auxiliarle; pero el orgulloso comerciante no quiere aceptar nada, se empeña en morir, y entonces el capitán Andrés le pide la mano de Luisa.

Desgraciadamente Luisa tiene comprometido su corazon; pero se trata de salvar á su padre, y accede.

Aquí entramos en la parte mas patética del drama.

Luisa estima á su marido profundamente; le está agradecida por lo que ha hecho, con todas las fuerzas de su corazon, pero no le ama; su compromiso está siempre presente á sus ojos, y todos sus pensamientos son para Mauricio, un jóven médico á quien conoció en Santa María.

Andrés sufre sin quejarse la indiferencia de Luisa, y Luisa paga con un suplicio moral el sacrificio que hiciera á su padre.

Andrés y Maurel se alarman viendo al objeto de su amor presa de una enfermedad que ellos ignoran, y deciden consultar á un médico, á lo cual se opone la jóven, aunque vanamente.

El facultativo á quien se dirigen es Mauricio.

No hace á nuestro propósito detenernos en los detalles, y si solo señalar los acontecimientos. Por esto pasaremos por altas escenas de amor y de desesperacion para llegar al rapto, pues Luisa y Mauricio se proponen huir juntos, y realizan su propósito.

En una carta que viene á caer en manos del marido, Mauricio da una cita á la jóven en la posada de la Cruz de Oro.

Nos encontramos pues en esta posada, y mientras el amante se ocupa en los preparativos de la marcha, Luisa piensa en el porvenir que aparece á su vista con colores espantosos.

De repente oye pasos en la pieza contigua, y distingue luz por las rendijas de la puerta. Mira y retrocede con horror; allí está su padre, Santiago Maurel, uno de sus jueces que seguramente se mostrará implacable. No, el vivir la es imposible, y dominada por esta idea, lleva á sus labios un pomo de veneno; pero se presenta Andrés, la arranca el tósigo, y puesto que se necesita una víctima, se ofrece al sacrificio, contando que con él podrá dar la felicidad á la mujer que ama.

Toda la ciencia de Mauricio es impotente contra los rápidos progresos del veneno, y Andrés espira en los brazos de Santiago Maurel.

Hé ahí el drama de M. Tetedoux, drama lleno de emociones, de peripecias y de efectos teatrales al gusto del público que frecuenta el teatro de la Puerta de San Martin, y bien representado sobre todo por M. Taillade, que ejecuta admirablemente el papel de protagonista. Sin embargo, en las primeras noches ha sido recibido con indiferencia; veremos si en las siguientes el público forma de él un juicio mas favorable.

Aun no se ha resuelto definitivamente la cuestion del nuevo Teatro Italiano de París, que como anunciamos hace algun tiempo á nuestros lectores, se proyectaba construir en el boulevard Malesherbes. Por el pronto se ha sacado á pública subasta el teatro actual (sala Ventadour), que ha sido adjudicado por la enorme cantidad de 2.700,000 francos, ó sean 3.000,000 con los gastos y derechos de traslacion. Es verdad que ahora falta saber quién querrá tomar ese local en arrendamiento. Los compradores piden 180,000 francos anuales, y el señor Calzado ofrece 120,000, suma que no deja de ser considerable, si se tiene en cuenta que la temporada de la ópera italiana solo dura siete meses. Hasta hoy las partes interesadas manifiestan un empeño igual en esta lucha de intereses, y si continuaran así, podría llegar el mes de octubre sin que tuviésemos abierto el Teatro Italiano; pero es de esperar que habrá una transaccion fundada en mutuas concesiones.

MARIANO URRABIETA.

### Los intereses morales y materiales.

Compuesto el hombre, ese ser maravilloso en que se sintetiza la creacion de nuestro planeta, de dos esencias que por mas contradictorias que entre si parezcan, viven fundidas por una ley admirable, el espíritu y la materia, natural es que tenga tambien su actividad dos esferas diversas en que agitarse impelido por la irresistible tendencia que le lleva á buscar su perfeccionamiento corriendo incesante por la senda del progreso: natural es que sienta dos órdenes de necesidades correspondientes á cada una de las dos grandes partes que le componen, y natural es tambien que los resultados obtenidos, las conquistas alcanzadas, puedan dividirse en dos clases que vienen á representar los medios de satisfacer esa doble aspiracion. Esta division es la que se comprende con la frase de intereses morales é intereses materiales.

Las necesidades del hombre no han sido las mismas en todas las épocas de la historia; regidas por la ley inmutable del progreso, crecen á medida que crecen los medios de satisfacerlas, ensanchandose así cada vez mas el horizonte inmenso de la actividad humana, de manera que nunca pueda un Hércules colocar la inscripcion del *non plus ultra* sin que venga un Colón á descubrir la América: que á la humanidad como al mar, solo Dios puede trazar un limite de arena donde diga: *Non procedes amplius.*

La necesidad de alimentarse satisfecha en las primeras épocas de la humanidad con los frutos y las raíces

que brindaba espontáneo el no cultivado campo, ha engendrado la agricultura, que armada ya con el arsenal inmenso de que le ha dotado la mecánica, y ayudada de la química, hace que la tierra que en otros tiempos bastaba apenas al sustento de una tribu, mantenga hoy una nación.

La necesidad de preservarse de las intemperies atmosféricas por medio del vestido y las habitaciones, ha engendrado esas millares de fabricas de tejidos e hilados que cubren la Europa, y la arquitectura que por todas partes levanta sus columnas de mármol y sus cúpulas de granito.

No bastando a satisfacer la necesidad social de trasladarse de un punto a otro el asno ó el camello del patriarca, hemos encontrado las vías férreas, y todavía no basta, queremos hendir los aires en la inmensa nave de un Eolo colosal, y la humanidad lo conseguirá.

No hablemos de las mil industrias secundarias que cooperan a conseguir la satisfacción de esas necesidades: que ora taladran los cimientos de la tierra en que vivimos en busca de un mineral, ora arrebatan al agua uno de sus componentes para convertirlo en luz, ora rebuscan en las entrañas de nuestro planeta los lozanos bosques que crecían sobre el suelo, en aquellos inmensos días de la creación, y que sepultados por un cataclismo que los convirtiera en hulla, salen hoy después de millares de siglos para alimentar el fuego de nuestras calderas de vapor.

No hablemos del comercio, que atravesando infatigable en todas direcciones los siempre borrados senderos del mar, y no contento con llevar de una a otra nación, de uno a otro hemisferio, los productos de la agricultura y de la industria, se ocupa ya en trasladar el hielo del Norte América a las islas tropicales del Asia.

Porque en todo se revela de una manera tan evidente que hace inútiles las pruebas, esa tendencia constante al perfeccionamiento, y en todas partes oye el hombre sonar en su oído la voz misteriosa que como el *anda*, *anda*, que perseguía a Ashaverus en su peregrinación secular, le impele a penetrar cada vez más adentro en las regiones infinitas de lo desconocido.

Si de las obras que el hombre ha levantado en su esfera física de acción, pasamos a las que ha hecho en la esfera moral, encontraremos también un progreso constante en el sendero de la belleza y la verdad, que con la bondad, que es el fin a que tienden sus progresos materiales, constituyen el Vellocoino de oro que como los Argonautas, busca la humanidad en su dilatado viaje en que es fuerza ir renovando una por una todas las tablas de su bajel.

Nos llevaría demasiado lejos la descripción del monumento científico que hoy ostenta con legítimo orgullo la inteligencia humana: ella ha escudriñado los arcanos que guardaba la naturaleza en el centro incandescente de la tierra y en los abismos del mar y en los espacios incomensurables del éter: ha descubierto las armónicas leyes que rigen en su marcha a esos planetas, cuya luz más veloz muchas veces que una bala de cañón, tarda sin embargo millares de años en llegar a nosotros, ha estudiado uno por uno todos los seres animados e inanimados que pueblan nuestro planeta, desde el elefante hasta la abeja; desde el cedro que levanta en el Líbano su cabeza altiva, hasta el humilde musgo que vive adherido a las grietas de una piedrecilla; desde el condor que se cierne sobre las cumbres del Himalaya, hasta el coral que silencioso crece en el fondo de los mares; y después de haberse explicado las leyes que rigen al mundo visible, se ha reconcentrado el alma dentro de sí misma, y allá ha visto otros mundos y otras leyes, y estudiando su propia esencia, ha engendrado la filosofía.

Nos falta espacio para contar los progresos que ha hecho el arte en las conquistas de lo bello: evocad los nombres de todos esos genios que en la historia de la pintura, la estatuaría y la arquitectura brillan como otros tantos luminosos faros, desde Fidias y Apeles, Miguel Ángel y Rafael, hasta Velazquez y Murillo, y comprendereis el valor de esos progresos que no se describen, que se sienten.

Tal es el asombroso monumento que ha conseguido levantar el hombre en muchos siglos de trabajo incesante, consagrandose, no al paralelo desarrollo de estas dos clases de intereses, sino dando mayor impulso a los unos en determinadas épocas, para avanzar luego los que había descuidado antes. Y sin embargo de esta seguridad que nos da la historia, de que nunca deja el hombre incompleta su obra, no falta quien así manifieste temerario, cuando en una época le ve dedicarse con preferencia al cultivo de los intereses materiales.

Cuando como en los actuales tiempos, se ve al sucesor de san Pedro bendecir desde las cúpulas del Vaticano las primeras vías férreas que llevarán veloces a la Ciudad Santa los peregrinos que antes llegaban con sus sandalias destrozadas; cuando vemos a los reyes bajar de sus tronos y salir hasta las fronteras de sus Estados a dar la bienvenida a las locomotoras mensajeras de la prosperidad, que vienen con su rugido majestuoso como el del león en las selvas de Numidia a pedir carta de ciudadanía en nuestro suelo: cuando se contempla cómo caen las góticas murallas que ceñían las ciudades como un dogal de piedra, para levantarse sobre los terraplenados fosos una multitud de fabricas grandiosas por cuyas altas chimeneas sale continuamente el humo espeso del coke y en cuyo interior se oye, ora el acompasado rugido de los engranajes, ora el alternante golpear de los telares. Cuando para dar digno alojamiento a los productos del trabajo universal se levantan como en Hyde-Park, catédras de cristal ó palacios como el de

la Industria en Paris; cuando de todos estos diversos modos se ve justamente glorificado el trabajo material, por tantos siglos abandonado como indigna tarea a las manos del siervo y del esclavo, una satisfacción inefable inunda el alma de los que arden en amor a la humanidad y a la justicia; entonces olvidan y perdonan los funestos errores que engendraron pasados siglos, y lleno el corazón de entusiasmo y esperanza, sonríen a la perspectiva que les muestra el porvenir. Pero tampoco faltan seres desgraciados que víctimas de añejas preocupaciones, deploran tan grandioso espectáculo, temiendo que este desarrollo material perjudique en gran manera el desarrollo moral: que los goces del cuerpo sustituyan a los de la inteligencia, y que las nociones de lo justo y de lo injusto desaparezcan para ser solo reemplazadas por miras puramente utilitarias, secando así los puros y desinteresados móviles de corazones generosos.

Si así fuera en verdad, nosotros seríamos los primeros en rechazar una civilización a tanta costa adquirida; seríamos los primeros en aniquilar, como las tribus de Atila, todos los monumentos que forman el glorioso blason de nuestra época, y borrar del mapa de la historia una sociedad, que olvidada de su celeste origen, solo cultivara los goces materiales; pero felizmente no es así.

Ya hemos dicho que la historia nos enseña como estos dos desarrollos marchan, si no paralelos de continuo, alcanzándose de tiempo en tiempo para no romper nunca la armonía que existe entre las dos esencias componentes del hombre: y no puede ser de otra manera, pues que vemos que la misma admirable fusión que hay entre el espíritu y la materia, existe también en sus respectivas esferas de actividad, de modo que no hay conquistista a que ambas en mayor ó menor proporción no contribuyan, y de que más ó menos no se aprovechen ambas.

Invencción mecánica y material es la de la escritura y de la imprenta, y sin embargo, la inteligencia es quien más las utiliza, porque ella a su vez ha encontrado en la física, en la química, leyes y principios que exclusivamente se aprovechan para satisfacer las necesidades materiales: no existe pues ese divorcio que algunos quieren suponer, entre el desarrollo de los intereses materiales y el de los morales, antes bien unos y otros se ayudan mutuamente, se esfuerzan en conducir al hombre a la perfección absoluta, único fin para que vino al mundo.

Marchemos pues sin temor y sin vacilación por la senda del progreso ilimitado, ora sea material, ora moral, puesto que sabemos que uno y otro son de suyo inseparables, y cesen los estériles clamores de esas fatídicas Casandras, que quisieran corregir, según sus estrechas miras, el itinerario trazado a la humanidad por la Providencia, pues aunque no creemos que el hombre sea un autómatas impelido por la mano del inexorable destino, sino un ser esencialmente libre, estamos convencidos también de que los actos del ente colectivo humanidad, están sujetos a armónicas y preexistentes leyes, como lo están los astros del firmamento y las ondas del mar, y los climas y las estaciones, la luz y el calor, como lo están todos los fenómenos que constituyen el himno que la creación canta eternamente a su Hacedor, desde la benéfica lluvia que fecunda las mieses, hasta las sublevaciones volcánicas que en ciertas épocas surean con un nuevo sistema de montañas la superficie de nuestro planeta.

NICASIO LANDA.

### Gergovia.

La visita que el emperador, que como es sabido escribe la historia de Julio César, ha hecho a Gergovia, explica fácilmente la importancia del objeto.

En efecto; César, que en los campos de batalla desafió el poderoso esfuerzo de tres millones de hombres armados, y que en la antigua Galia domó a trescientas tribus distintas, marchando de victoria en victoria, en la carrera de sus triunfos sucesivos no se vió más que una vez rechazado. Ocurrió esto en Gergovia, donde el último héroe de la libertad gala obligó a las legiones romanas a emprender la retirada.

Tiene pues cierta celebridad aquel sitio, cuya indisputable autenticidad no ha suscitado, como Alesia, polémicas reñidas, pues basta recorrer sus inmediaciones con los Comentarios de César en la mano, para asegurarse de la exactitud de su posición.

La montaña de Gergovia se halla situada a unos ocho kilómetros hacia el Sur de Clermont-Ferrand, no muy distante de los apagados cráteres de la Auvernia. Es el resultado de una extensa erupción volcánica que presenta la base de calcáreo ó esperon debajo de una ancha capa de basalto. Su mayor elevación es de 744 metros sobre el nivel del mar, y se halla colocada entre dos riachuelos: el Artieres y el Auzon, tributario del Allier. La cima presenta una vasta superficie en forma de trapico, cuya planicie podrá ser de unos 912,600 metros cuadrados, en la que podía acampar cómodamente una infinita muchedumbre.

Las vertientes de la montaña hacen muy difícil su subida, sobre todo para una tropa que da el asalto, y que debe recibir los tiros de arriba abajo del enemigo. En esta hipótesis, las del Oeste, del Norte y del Este son inaccesibles. Por un lado barrancos erizados de dificultades, por otro la tierra cortada a pico, por otra peñascos suspendidos é hinchados por los ardores de los in-

centos volcánicos; el meridional es el único que presenta una ondulación más suave y más fácil.

Tal es el sitio que nuestros antepasados escogieron para resistir a César después de la primera conquista de las Galias. Lleno de confianza en la sumisión de los pueblos subyugados, ocupabase el vencedor en Roma en los negocios públicos, cuando estalló en la provincia una insurrección general capitaneada por Vereingetorix.

Al saberlo, deja César de repente la Italia, y después de una serie de triunfos decisivos, persigue a Vereingetorix con sus legiones y diez mil educenses aliados, hasta Gergovia, decidido a inutilizar esta posición, centro fortificado de sus enemigos y foco de la revolución.

Pero los galos que de lo alto de su *oppidum* dominan todos los alrededores, le habían rodeado de muchas murallas, de enormes piedras, más anchas y más elevadas aun en la vertiente meridional. Al ver tan formidables obstáculos, desesperado César de apoderarse a viva fuerza de la plaza, resolvió sitiárla.

Los romanos plantaron sus tiendas hacia el Mediodía, formando dos campamentos inmediatos al río Auzon. El primero y mayor en la cuesta de una montaña llamada hoy la *Sierra de Crest*, cubierta de lava, que presenta una de las más ricas y más vigorosas imágenes de los fenómenos volcánicos; el segundo, más pequeño, en la colina de la *Roca blanca*.

Mas al cabo de algunos días, las voces de nuevas sublevaciones en las Galias obligaron al general romano a modificar sus planes, y se decidió a abandonar el sitio del *oppidum*, para descargar en otro punto sus más decisivos golpes. Con todo, teme que el enemigo atribuya a impotencia su retirada, y antes de renunciar a su empresa, quiere, tanto para sostener la moral de sus legiones, como para imponer a los galos, ilustrar con una hazaña las águilas romanas, sorprender a sus enemigos en las primeras líneas fortificadas, batirle y retirarse. Manda pues fingir un ataque por la parte del Norte para llamar su atención hacia ella, hace pasar poco a poco sus tropas del grande al pequeño campamento, y arroja sus legiones al asalto. Atravesan rápidamente dos líneas de fortificaciones, y después de haber obtenido algunas ventajas, llegan hasta las murallas de la ciudadela; pero abrumados allí por el número, se ven precisados a retirarse, dejando sobre el campo de batalla setecientas víctimas, entre ellas cuarenta y seis centuriones.

Al día siguiente César emprende la retirada, después de haber ofrecido en vano la batalla a sus enemigos, y poco después, más feliz delante de Alesia, triunfa de Vereingetorix y de la independencia gala.

Hoy de la ciudadela de los Arvernes no quedan más que algunos pedazos de muralla ó informes ruinas. La superficie de la meseta se halla casi toda cultivada. En los desmontes se ha encontrado un gran número de monedas romanas ó galas, vasos de tierra bien conservados, huesos de hombres y de animales, y restos de objetos de hierro y de bronce. El museo de Clermont-Ferrand contiene una colección considerable de estos recuerdos antiguos, entre los que descuella una de las raras monedas con el busto de Vereingetorix.

Por la parte del Mediodía es donde más se notan los huecos de las piedras que debieron servir para construir la muralla de circunvalación, huecos notables por su mucha extensión. Sin verlos no es posible formarse una idea de los inmensos montones mezclados de pedazos de ladrillos rojos que cubren el suelo en un espacio de cerca de dos kilómetros.

Como posición militar, aquella escarpada y agreste cima estaba perfectamente escogida, no solo para desafiarse un ataque a viva fuerza, sino también para dominar sus inmediaciones y con la vista descubrir vastos y lejanos horizontes. Desde los cuatro puntos opuestos de Gergovia se desenvuelve un inmenso panorama, y esto solo basta para llamar la atención del viajero.

Si se vuelve hacia el Norte, con una mirada abraza la colina de Prat, la aldea y montaña de Aubier y la ciudad de Clermont-Ferrand sentada al pie de los apagados volcanes. Descúbrense también Volvic, de inagotables canteras, Blanzat y los ricos valles, el gótico castillo de Chateaugay y una muchedumbre de pueblecillos sembrados en la llanura ó situados en los lados de las montañas.

A derecha se extienden los fecundos llanos de la Limagne que atraviesan las carreteras de Riom, de Issoire, de Billom y el ferro-carril del Centro, y el ya seco estanque de Sarlieve. Por este mismo lado serpentea el Allier, cuyas aguas bañan a *Pont-du-Chateau*.

A la izquierda aparece de perfil la cordillera de los montes de Domes, de caprichosas formas, que domina majestuosamente la cima del Puy-de-Dôme. Por fin, por la parte nordeste están Romagnat, que en su nombre ha conservado la memoria del paso de César, y el pico de Montrognon que levanta con orgullo su cabeza coronada de ruinas feudales.

No menos vasta ni menos digna de ser admirada es la perspectiva que presenta la parte del Sur. A los pies del espectador se hallan la colina Julia y en su cumbre una torre, Omet, Donnezac, Jussat, la Roca Blanca, y en el fondo del cuadro, Crest, el valle del Auzon y la espléndida vertiente de la Sierra de Crest y la infinidad de montañas unas encima de otras como las olas de la mar embravecida.

A la izquierda pasa también el Allier la cinta azulada de sus aguas, en sus orillas los sauces de la Limagne, y en último término la cordillera de montañas que ocultan a Ambert y el Forez, mira en frente de las montañas Dores, cuyas plateadas cúspides tocan a la región de las nubes.

F. DE L.



**Canastillo regalado á S. M. la emperatriz**  
POR LA SOCIEDAD DE HORTICULTURA DE LOS DISTRITOS DE MELUN Y FONTAINEBLEAU.

La sociedad de agricultura de los distritos de Melun y Fontainebleau, representada por una comision nombrada al efecto, tuvo el honor de ser recibida el 22 de junio último en el palacio imperial de Fontainebleau, para ofrecer á S. M. la emperatriz, protectora de la Sociedad, un magnífico canastillo de flores y de frutas.

La comision presentada por el baron de Lassus-Saint-Genies, prefecto del departamento, se componia de los señores vizconde de Valmer, presidente, general conde H. de Polignac, vicepresidente, A. Lefevre, secretario general, Petit Huguenin, Dussouy y Robinet, miembros de la mesa, baron de Beauverger, diputado, de Bonmain-Barbey, de Auberger, miembros de la comision permanente, Vazou, jardinero del vizconde Aguado, Cheron-Magloire, jardinero del vizconde Clary, Viguie, jardinero del conde de Circourt; Rivert, jardinero de la baronesa de Monsin, Baur, jardinero del vizconde de

Valmet, Menard, jardinero de M. Soubiran, P. Leveau, jardinero de M. Daridan, Martines y Menard hijos, horticultores, L. Delamain, hortelano, miembros de la Sociedad.

Sus Majestades se dignaron recibir á la comision con una benevolencia particular, y dirigieron á varios de sus miembros afectuosas palabras.

Su Majestad la emperatriz al dar gracias á la comision, se dignó cumplimentarla acerca de la hermosura de los productos que formaban el canastillo, y del buen gusto con que estaba compuesto. P. P.

**Vista general**

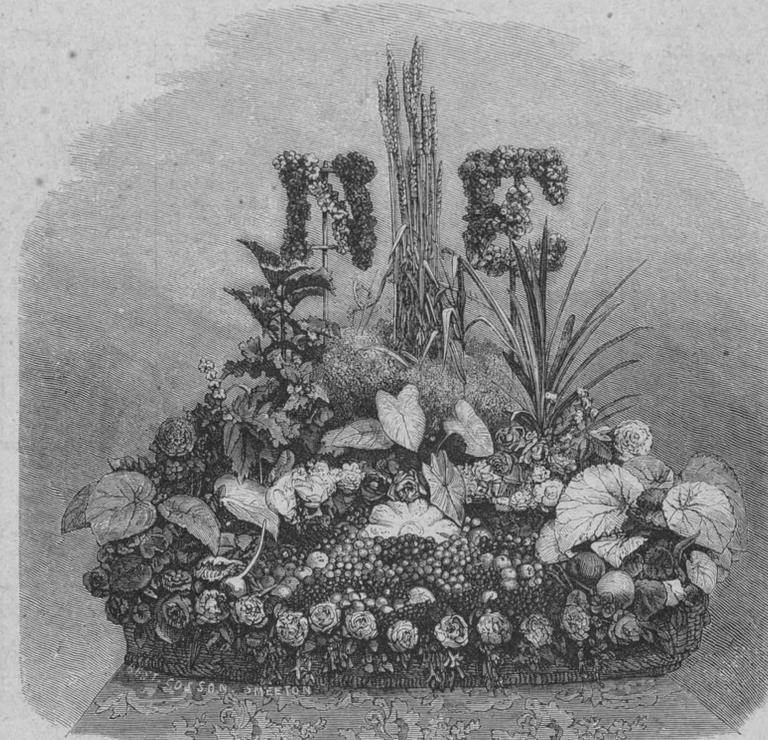
DE LA EXPOSICION UNIVERSAL DE LONDRES.

EL JARDIN DE LA SOCIEDAD REAL DE HORTICULTURA.

La luz del sol inunda los paisajes de los pintores ingleses, y sin embargo, rara vez el verdadero sol alumbra el verde sombrio de los árboles y los prados de Inglaterra. Las flores se abren tarde y mal en ese clima brumoso, y no obstante, las danzas de la zarza florida celebran el 1º de mayo la vuelta de la estacion de las rosas, y hay muy pocos ingleses que no lleven una flor en el ojal. Las flores mas rústicas esmaltan el green que precede á toda casa de campo; las mas delicadas puestas en una hermosa jardinera y protegidas a veces por un doble cristal, adornan las ventanas de las casas con sus vivos y frescos colores. Las flores son ante todo la alegría del habitante de Londres, pues ellas contrastan con la sombría atmósfera que le envuelve tan a menudo, y su brillo es un desafío al polvillo negro que muy luego lo marchita todo. La flor en la ventana es la primavera, es el estío para quien no tiene otro horizonte que la niebla. Por eso el cultivo de los jardines se halla muy en boga en el país, y la Sociedad real de horticultura ha podido desarrollarse con ese vigor que caracteriza á todas las instituciones de la Inglaterra.

Los jardines que esta Sociedad real acaba de establecer al norte de las construcciones de la Exposicion se muestran hoy algo raquíticos; pero que pase algun tiempo y vendran á ser una de las bellas cosas de Londres.

Ya los inmensos invernáculos que se elevan á su extremidad setentrional encierran las plantas mas nuevas y raras que los nuevos mundos hayan dado al antiguo. En cuanto a sus nombres, erizados de latin de farmacia, nos guardaremos bien de leerlos, tanto porque na-



Canastillo de flores y de frutas regalado á S. M. la emperatriz por la sociedad de horticultura de Melun y Fontainebleau.

da nos dicen, cuanto porque estropean las bonitas y extrañas cosas que pretenden designar. Por delante, bajan en anchas graderías los céspedes y los parterres entrecortados por hermosas calles derechas, nivelados en terrados sostenidos por paredes donde la piedra blanca se armoniza con el ladrillo encarnado. Fuentes, cascadas y canales animan este jardin naciente, lleno de pajereras y de kioscos. Unas galerías, primero circulares

mosamente, y que los jardineros ingleses prosiguen con tanta sensatez práctica. ¡Así les hemos visto trazar, bajo las vidrieras del palacio de la Industria, en los Campos Eliseos, un jardín á la inglesa, que debia servir á un tiempo para exposicion de estatuas y de flores!

Sin embargo, en estos últimos tiempos parecen haber entrado en otra senda. La última exposicion de escul-



Vista general de la Exposicion universal de Londres.

tura se hizo en un verdadero parterre simétrico, y á todo el mundo le pareció mejor así.

En Londres no ha habido que rectificar errores que no se habrían cometido, y han seguido una practica constante al propio tiempo que las sugerencias de la sensatez, trazando á cordel las líneas de un jardín que la arquitectura encajonaba por todas partes, idea tanto mas acertada cuanto que en la proximidad del palacio ese jardín sirve de lugar de exposicion para las obras de escultura de grandes dimensiones.

Delante del palacio, en el eje de la calle principal, han edificado el modelo de la estatua ecuestre del rey del Piamonte, Carlos Alberto, por el baron Marochetti. Cuatro soldados del ejército piamontés se alzan en estatuas en los cuatro ángulos del basamiento, como para guardar la imagen del rey, que fué el primero que se sacrificó á la grande idea de la unidad italiana. Los gloriosos aunque tristes episodios de la corta campaña de 1848, figurados en bajos relieves, adornan las caras de ese mismo basamiento, sobre el cual se eleva el pedestal con unas figuras simbólicas de mujeres que dicen menos que las cuatro estatuas de soldados dispuestos á defender á su rey, es decir, la personificación de la Italia contra sus enemigos del Norte y del Mediodia.

Por último, delante y á cada lado de la calle central, el agua salta de dos fuentes monumentales de fundición de hierro, expuestas por la industria francesa.

A. D.

### Claudio Gervais.

#### I.

— ¡Al fin habeis venido! exclamó Claudio así que me distinguí á lo lejos. Principiaba ya á perder las esperanzas, pues me habiais prometido estar aquí en los primeros dias de la caza y estamos ya á mediados de octubre; pero como dice el proverbio, mas vale tarde que nunca.

Y se adelantó hácia mí tendiéndome sus manos que yo estreché cordialmente entre las mías.

— Casi habeis tenido razon, amigo Claudio, le respondí; acabó de hacer un viaje bastante largo que me ha ocupado mas de lo que yo habia creído, y he estado á punto de no venir ni tardé ni temprano. Pero aun llevo á tiempo, y seguramente tendremos el gusto de matar juntos algunas liebres, pues pienso quedarme aquí lo menos hasta fines de año.

— Tanto mejor, repuso Claudio; presenciareis el casamiento de Dionisia que debe hacerse á fines del mes próximo.

— ¡Ah! ¡se casa! exclamó sorprendido; ¿y con quién?

— Con Cesáreo Michelin.

— Os felicito, mi querido Claudio; conozco á Cesáreo hace mucho tiempo, y os aseguro que no podiais hallar un muchacho mejor para vuestra hija...

— ¡Mi hija! interrumpió Claudio con un acento de profunda tristeza; no, yo no soy el padre de Dionisia.

— ¿Cómo es eso?

— ¡Oh! no; es una triste historia, y aunque hace ya diez y ocho años que ha pasado, aun la recuerdo como si hubiese sido ayer.

— ¿Quereis contármela?

Al cabo de una pausa Claudio repuso:

— No tengo inconveniente, pues me parece que eso me aliviara, que me servirá de consuelo el confiaros la causa de esa tristeza, de esa melancolía que todos me echan en cara.

Y al hablar así Claudio me habia llevado hácia su casita que se distinguía á pocos pasos.

#### II.

A algunas leguas de Chartres, en el camino de Rennes se encuentra una bonita aldea llamada Montlandón, edificada entre dos verdes colinas.

Luego á la falda de estas colinas se extienden magníficos prados poblados de animales y regados por una infinidad de arroyuelos que bajando de lo alto de las cuevas van á perderse murmurando entre el musgo y los helechos.

Al extremo de la aldea se descubre sobre la derecha un bosquecillo en cuya ladera está la choza del guardabosque Claudio Gervais.

Era esta una preciosa habitacion que debió ser edificada en el siglo XVI.

Las ventanas desaparecian medio ocultas bajo un denso cortinaje de enredaderas que permitian entrever aquí y allá señales de toscas esculturas casi borradas por el tiempo.

Un cercado de ojiaecanto y de sauco rodeaba la casa, así como un huertecillo que estaba detrás de ella.

En cuanto al interior, no ofrecía nada de notable.

Sus cuatro paredes blanqueadas con cal, su suelo de tierra apisonada, las bovedillas de su techo, sus muebles de nogal y su alta chimenea coronada con cacharros pintados, así como dos estampas que representaban la historia terrible y conmovedora de *Genoveva de Brabante*, y los *infortunios de Damon y Enriqueta*, la hacían parecer á las demás chozas de Beauce y de Normandia.

#### III.

Cuando hubimos llegado, Claudio me ofreció asiento bajo un cenador que estaba al lado de una de las ventanas del piso bajo, y despues de haber recogido sus ideas un instante, comenzó su narracion en estos términos:

«Hace veinte años era yo mayordomo del marqués de Villebrune, uno de los mejores hombres que puede haber en el universo, y á cuyo servicio me hallaria aun si la muerte no le hubiese arrebatado de entre los vivos.

«Durante el invierno habitaba entonces uno de sus palacios en Chartres, el que le gustaba mas porque en él habia nacido, porque allí habian muerto su padre y su madre, y en fin, por otros recuerdos que hacian le prefiriese al que poseia en Paris, y que además los Villebrune habian abandonado enteramente cuando la revolucion del siglo último. Siempre decian que no querian volver á Paris sino con los Borbones.

«Nos hallabamos pues á principios del invierno de 1839, y acababamos de dejar Villebrune para establecernos en Chartres.

«En una de las casas que hacen frente al palacio, vivia una pobre jóven que iba á trabajar á un obrador de costureras. Muchas veces la habia visto yo por la mañana cuando salia de su casa con una cestita al brazo para ir al obrador, y repetidas veces tambien al retirarme yo á mi cuarto la distinguía velando en el suyo á la débil luz de una mala lampara.

«No sé porqué, pero á pesar mio me interesaba yo por aquella jóven; aun me llegó á suceder que pasaba largas horas de codos en la ventana mirando á su cuarto al través de sus blancas cortinas de muselina sobre las cuales se dibujaba su graciosa cabeza, siempre encorvada sobre alguna labor.

«A mediados del invierno hubo un gran baile á beneficio de los pobres, al que se suscribieron todas las señoras de la poblacion. La marquesa de Villebrune, que ordinariamente se mandaba hacer sus trajes en Paris, me suplicó que la proporcionara una costurera.

«Al instante pensé en mi vecina y fui á su casa inmediatamente... ¡Ah! ¡cómo latía mi corazon con la idea de verla y de hablarla!...

«No podeis figuraros nada mas casto ni encantador que el aposento de aquella jóven.

«La única pieza que le componia la servia de gabinete, de sala, de dormitorio y de cocina; pero habia tanta armonia en aquel desórden, tanta variedad en los mil objetos amontonados en tan corto espacio, que el espectáculo no tenia nada de chocante.

«Una cabeza de Jesus modelada en yeso formaba el adorno principal de la chimenea, que tenia además á cada lado vasijas de porcelana llenas de flores. Sobre una mesita habia retazos de varias telas que esperaban el instante en que habian de ser aprovechadas por la linda modista. La ventana entreabierta dejaba paso á un débil rayo de sol que despues de haberse perdido un instante entre las ramas secas de dos ó tres rosales colocados en la ventana, iba á caer sobre la chimenea, donde ardian alegremente algunos pedazos de leña.»

#### IV.

Al llegar aquí Claudio fué interrumpido en su narracion por la fresca voz de una jóven que cantaba un cantar campestre, y un instante despues una rubia cabeza asomó en el recodo de un sendero, escoltada por dos cabras blancas que la seguian balando.

Nosotros nos levantamos al verla.

— Es Dionisia, me dijo Claudio con una sonrisa de orgullo; ¡mirad qué hermosa es!

Era en efecto, una hermosa jóven de grandes ojos negros, que podria tener unos diez y ocho años y sin mas aderezo que su juventud y su frescura; su cabellera ondulada dividida sobre la frente y rodeando sus mejillas pálidas á fuerza de ser blancas, la daban una semejanza perfecta con las adorables figuras que los poetas inspirados nos hacen entrever en las antiguas baladas alemanas.

Se adelantó hácia nosotros trayendo en la mano un grueso ramillete de flores silvestres, y despues de hacerme un gracioso y tímido saludo, exclamó dirigiéndose á Claudio:

— Buenos dias, padre mio.

Y le presentó su frente.

Cuando Claudio la hubo dado un beso desapareció en el interior de la choza, donde muy luego la vimos continuar el sencillo cantar que habia interrumpido á nuestro aspecto.

#### V.

Al cabo de una pausa, el guardabosque prosiguió así el curso de su narracion:

«Francina, que tal era el nombre de la jóven costurera, pasó inmediatamente á casa de la marquesa en cuanto la hube explicado yo el objeto de mi visita.

«La marquesa de Villebrune quedó tan contenta del gusto y la habilidad de mi jóven protegida, que resolvió darla trabajo.

«El fin del invierno se acercaba, y yo no podía menos de pensar en nuestra pronta salida de Chartres.

«¡Ay! Esta marcha me iba á despedazar el corazon,

porque tendria que separarme de Francina, y yo la amaba con una pasion ciega.

«Tuve que salir de Chartres antes que de costumbre, porque debía vigilar la construccion de un pabelloncito que el marqués habia mandado levantar al extremo de su parque como punto de reunion para los cazadores.

«Deciros lo que sufrí en los siete meses mortales que pasamos en la posesion de Villebrune seria cosa imposible. Yo contaba los meses, los dias, las horas.... No pensaba mas que en nuestro regreso á Chartres, en el momento de ver nuevamente á Francina!...

«Ahora estaba resuelto á confesarla que la amaba, á pedirla que fuera mi esposa.

«Habia formado todos mis planes de porvenir; mi amo, á quien habia comunicado mi propósito, me habia prometido arrendarme una de sus numerosas granjas. Ya me veia convertido en un ricacho labrador, padre de una porcion de chiquillos, que por la tarde á la vuelta de los campos salian gozosos á mi encuentro...

«Por fin se sintieron los primeros frios y abandonamos Villebrune.

«Mi primer cuidado al llegar fué arrojar una mirada escudriñadora al otro lado de la calle.

«Pero ¡ay!... ¡qué cambios noté!... los rosales estaban marchitos... y la jaula donde en otro tiempo cantaban tan alegremente dos bonitos canarios, no estaba ya en su puesto de costumbre...

«Corrí á informarme y supe que Francina estaba enferma... enferma de peligro, y que hacia un mes no habia salido de su casa, y que habiendo gastado sus cortos ahorros se veia en la precision de ir al hospital... Pregunté al punto las señas del médico que la cuidaba, y fui á verle para suplicarle que continuase sus visitas, cuyo pago correria por mi cuenta. Lo mismo hice en la botica, y lo mismo tambien con una anciana que la habia servido de enfermera.

«Muchas veces al dia subia al cuarto de Francina para saber cómo estaba.

«Una vez me encontré solo con ella, y haciéndome señal de que me acercara, me dijo con una voz débil y conmovida:

«— He sabido lo que habeis hecho por mí... y os lo agradezco con todas las fuerzas de mi alma, pero la deuda que he contraido con vos no es de las que se pagan con dinero... ¡Ay! No soy mas que una pobre huérfana, sin amigos, sin protectores, y que vive con el producto de su trabajo. Solo me queda mi gratitud... ¿quereis ser mi amigo... mi hermano?

«Y acentuó principalmente la palabra: hermano.

«Al cabo de un instante de silencio, continuó:

«— Aceptais ¿no es verdad?... ¡Oh! gracias... pero ¿qué decia yo hace un instante que estaba sin apoyo?... ¿no sois mi amigo y no tengo ahí á mi protector?...

«Y sus miradas se dirigieron á un crucifijo que estaba á la cabecera de su lecho.

«Muy luego Francina se halló fuera de peligro y no tardó en entrar en convalecencia.

«Yo cada dia la amaba mas; en los cortos instantes que diariamente pasaba á su lado pude apreciar sus altas cualidades y su grandeza de alma.

«Por fin, armándome de valor resolví presentarle mi demanda.

«Me dirigí hácia la casa en que vivia, mas en el momento de atravesar sus umbrales sentí que me abandonaban las fuerzas y no me atreví á entrar. Por fin, dominando mi timidez me lancé á la escalera que conducía á su cuarto, y trémulo de emocion y deteniéndome veinte veces, llegué al cabo á la habitacion de Francina.

«Cuando entré... ¡oh! ¡qué recuerdo!... distinguí á un soldado jóven arrodillado delante de Francina besándola las manos.

«— ¡Claudio! exclamó cuando me vió entrar, Claudio, ¡cuán dichosa soy! Aquí teneis á mi primo Jacobo, de quien no habia sabido nada hace tres años y que vuelve para casarse conmigo, pues nos prometimos casarnos desde nuestra infancia.»

#### VI.

Claudio se detuvo en este punto de su narracion como anonadado por el peso de sus recuerdos. Permaneció algunos minutos sosteniéndose la cabeza con las manos, y luego levantandola poco á poco prosiguió diciendo:

«— Cuando Francina concluyó de hablar, me quedé confundido, aterrado... Cada una de sus palabras habia penetrado como un puñal en mi corazon, y habia destruido uno por uno todos mis proyectos de porvenir.

«Luego sin desplegar mis labios salí con precipitacion del cuarto de Francina.

«En los primeros dias que siguieron á esta escena estuve como loco; la permanencia en Chartres que me habia parecido tan grata hacia poco tiempo, me habia venido á ser odiosa... No deseaba mas que marchar á Villebrune... pero ¡ay! tendria que volver... y entonces Francina estaria casada...

«Casualmente M. de Villebrune se preparaba para un viaje de dos ó tres años y me preguntó si queria acompañarle.

«Acepté gustoso, pues esperaba que una ausencia algo larga produciria no el olvido, sino un poco de alivio á mi pobre corazon despedazado.

«Ocho dias despues estabamos en camino.

«Visitamos la Suiza, la Italia y sobre todo la Alemania, donde nos detuvimos mas tiempo.

» Por fin, unos tres años pasamos viajando, y yo comenzaba a curarme poco a poco.  
 » A principios del invierno estábamos de vuelta en Chartres.  
 » Al otro día de mi regreso me dirigí al campo santo de la ciudad, donde estaba enterrada mi madre.  
 » Llegué al cementerio cuando entraba un entierro de pobre seguido únicamente de dos personas... un hombre que vestía el uniforme de soldado, y una niña de unos dos años que parecía muy sorprendida de ver llorar a su padre y preguntaba dónde estaba su madre.  
 » El entierro se detuvo, los sepultureros bajaron el féretro del carro, y luego cuando llenaron de tierra el hoyo, plantaron una cruz negra sobre la sepultura.  
 » El hombre se había arrodillado y murmuraba una oración, y en cuanto a la niña se había sentado al lado de su padre y cogía algunas florecillas silvestres diciendo:  
 » — Son para mamá, que la gustan mucho las flores.  
 » De repente mi vista se fijó en la cruz... un grito ahogado se escapó de mi pecho y caí de rodillas.  
 » Acababa de leer en ella:

» FRANCINA  
 » veinte y un años  
 » 18 de octubre de 1841.

VII.

« Algunos instantes después el hombre y la niña salieron del campo santo... yo les seguí unos pasos, y al fin me acerqué al esposo de Francina.  
 » Cuando le dije mi nombre me reconoció y me dijo sollozando:  
 » — ¡Ah! ¡sois vos!... Francina hablaba de vos muy a menudo... diciéndome siempre cuán bueno habíais sido con ella...  
 » Y luego, al cabo de un instante de silencio, prosiguió:  
 » — Hay presentimientos que no engañan, y yo tengo la convicción de que no sobreviviré largo tiempo a Francina... ¡Ay! ¡qué será de mi niña, de mi pobre Dionisia!...  
 » — No tengais cuidado, le respondí; si permitiera Dios semejante desgracia, Dionisia encontraría en mí un segundo padre.  
 » Las previsiones del pobre padre no tardaron en realizarse, y quince días después la pobre Dionisia estaba completamente huérfana.  
 » Ya sabéis la historia de Dionisia, y cómo vine a ser yo su padre adoptivo. »

VIII.

Algunos días después la campana de la pobre iglesia de Montlandon resonaba alegremente.  
 Era que se iba a celebrar el casamiento de Dionisia y de Cesáreo Michelin.  
 Después de la ceremonia religiosa el anciano Claudio hizo prometer de nuevo a Cesáreo que haría muy dichosa a Dionisia.  
 — Juro por mi parte de paraíso, que jamás la haré verter una lágrima voluntariamente, repuso Cesáreo.  
 — Vamos, vamos, repuso el señor cura que acababa de ver a Dionisia enjugando furtivamente dos lágrimas; vamos, amigo Cesáreo, principiais faltando a vuestro juramento.  
 — Sí, contestó Dionisia con una sonrisa angelical, pero estas lágrimas que vierto son de alegría.

L. D.

**Julietta y Margarita.**

I.

— El sol está a punto de ocultarse detrás de aquellas malezas; de aquí a pocos momentos habrá cerrado la noche, y aun tenemos que atravesar catorce kilómetros. Al paso que llevamos no llegaremos nunca, mi querido Carlos.  
 El que hablaba así era un joven de veinte y seis años montado en un brioso alazán que manejaba con elegancia. Su compañero, que tendría unos diez años mas, lejos de atender a esta observación, detuvo de repente su montura.  
 — Mi querido Alfredo, exclamó después de haber tomado aliento y encendido un cigarro medio apagado, ¿qué hora nos hemos puesto en camino esta mañana?  
 — A las siete.  
 — ¿Y qué hora tenemos?  
 — Las cuatro y media, respondió Alfredo echando una mirada a su reloj.  
 — Muy bien; ¿a qué hora hemos descansado?  
 — A las doce.  
 — ¿Y podrías decirme cuánto tiempo?  
 — Unos cincuenta minutos.  
 — Pues ahí tienes mi disculpa y mi justificación, repuso Carlos con cierto aire de triunfo. Tú que eres un jinete consumado puedes trotar impunemente desde el

amanecer hasta por la noche; pero yo que en mi vida he montado mas caballos que los de los juegos de sortija, no siento ninguna humillación, al decir que tengo partidos los riñones y que el roce de la silla me impone un suplicio intolerable.  
 — Si lo prefieres, iremos al galope, repuso Alfredo.  
 — Muchas gracias, amigo mío.  
 — Sin embargo, me imagino que no piensas dormir esta noche a campo raso.  
 — No por cierto, dijo Carlos soplando los dedos y haciendo arrancar a su caballo, tanto mas, cuanto que la noche sera fria a juzgar por el viente helado que me corta la cara. Pero en aquel recodo del camino distinguo una docena de chimeneas que echan humo: ¿las ves?  
 — Perfectamente.  
 — Y de tan bello espectáculo conjeturo que tocamos a comarcas civilizadas. Los sencillos habitantes de estos lugares campestres se entregan sin duda a la confección de su cena, y ya me parece que percibo un grato olorillo de sopa de coles.  
 — ¿Qué te importa? Ya sabes que nos espera una buena comida en la Martiniere.  
 — Has de saber, amigo Alfredo, que a las perdices trufadas que tendría que ir a buscar a catorce kilómetros, prefiero cien veces la humilde sopa de coles de que apenas nos separa el largo de una cuchara, y aun cuando la supradicha cuchara sea de estaño ó de madera.  
 — Carlos, ¿hablas de veras?  
 — Pregúnta al diputado de nuestro distrito si habla seriamente los días en que declama sus discursos.  
 — ¿Cómo! ¿Serás capaz de cenar en esa aldea?  
 — No solo cenaré, sino que dormiré.  
 — ¡Oh! No me jugarás esa mala partida. Nos esperan esta noche en la Martiniere, y aun cuando debiera ponerte en ancas de mi caballo y llevarte a viva fuerza, te prevengo que antes de las dos haremos nuestra entrada triunfal en esa querida casa. ¿No piensas pues en la inquietud mortal en que estaría Julieta si le faltase a la palabra?

Una sonrisa maliciosa apareció en los labios de Carlos.  
 — ¿Y hablas tú seriamente? te preguntaré yo, a mi vez.  
 — ¿Lo dudas? exclamó el joven sorprendido é indignado a un tiempo con semejante pregunta.  
 — ¡Parece mentira lo joven que eres para tu edad! repuso Carlos que se había vuelto a poner serio. ¿Qué me hablas de inquietud mortal y porqué te entregas a exageraciones de lenguaje de esa fuerza? ¿Quieres saber lo que pasará en la Martiniere? Cuando vean que no llegamos se pondrán a la mesa, y Dios sabe si tu futura familia no cenará con su mejor apetito. No hay duda que de tiempo en tiempo y por decir algo, exclamarán: «Es extraño que no lleguen esos señores. » A eso de las diez tu blanca prometida cerrará su piano y se retirará diciendo: » Alfredo no llegará pues hasta mañana temprano. ¿Me pondré el vestido verde ó el azul? » Y hé ahí lo que tú llamas una inquietud mortal, mi pobre amigo.  
 — Cada palabra es una blasfemia, Carlos; pero te perdono, porque no conoces todavía al ángel con quien vas a unir tu destino. Además de que nuestra antigua y sincera amistad te daría todos los derechos posibles para ser mi padrino, te he pedido que lo seas, porque quiero reconciliarte con un sexo que te has empeñado en juzgar de un modo tan injusto como rigoroso. Verás a mi Julieta y de antemano oírás los argumentos sin réplica con que esa cándida joven abogará cerca de tí la causa de sus calumniadas hermanas.  
 — Amen, respondió el escéptico Carlos prestando a su voz las entonaciones que se usan en el coro.  
 Hablando así los dos viajeros habían llegado a las primeras casas de la aldea. Los caballos se detuvieron de repente. Carlos alzó la cabeza, y sus ojos saludaron con gratitud un ramo de acebo colgado sobre una puerta. Debajo se leía esta inscripción mal trazada en la pared de la casa:

A LA ABUNDANCIA.  
 SE HOSPEDA A PIE Y A CABALLO.

— Mi querido Alfredo, exclamó Carlos apeándose y pegando en la puerta con el puño de su látigo; te prevengo que no paso de aquí.  
 — Como gustes, repuso el joven. Cena pan duro y tocino rancio, acuéstate en sabanas toscas y húmedas, pero lo que es yo, voy a dar un pienso a mi caballo y prosigo mi camino.  
 La puerta de la posada se había abierto; los dos amigos confiaron sus monturas a un chiquillo haraposo, y tomaron asiento cerca de la chimenea de la cocina, donde ardian alegremente algunos ramajes de pino.  
 Para viajeros cansados y expuestos desde por la mañana a las intemperies del mes de diciembre, aquella cocina de posada era en verdad un bellissimo espectáculo. Los utensilios de cobre, limpios como el oro, brillaban a la llama del hogar; varios guisados olorosos cocían en los hornillos, y dos gallinas adornaban el asador haciendo una música argentina muy propia para regocijar el oído. Un gatazo blanco dormido sobre un banquillo roncaba en su piel de armiño, lo mismo que si hubiesen ventilado delante de él una enojosa contienda de tapia de medianería. El perro dormía también con sus patas extendidas y el hocico apoyado en ellas, en tanto que los grillos cantaban en la ceniza tibia.  
 — Deseo cenar y acostarme, dijo Carlos a una aldeana robusta y frescachona que se había acercado haciendo reverencias.  
 — Nada mas facil, caballero.

— ¿Supongo que sois la dueña de la Abundancia?  
 — Sí, señor, respondió la aldeana con cierto orgullo.  
 — Pues bien, ya me habeis oído; me muero de hambre y de cansancio.  
 — ¿Y vos? preguntó la posadera a Alfredo; ¿pensais acostaros con el estómago vacío? No es bueno para la salud del cuerpo, como dice el doctor Meslier, el médico del país.  
 — Yo me marché dentro de cinco minutos, respondió Alfredo; me esperan en la Martiniere.  
 — ¡En la Martiniere! repuso la aldeana; creo que no llegareis esta noche.  
 — Pues yo creo estar allí dentro de cinco cuartos de hora.  
 — En tiempos ordinarios no digo que se necesite mucho mas para llegar; pero hay una cosa que ignorais, porque no sois sin duda de estas terecancias.  
 — ¿Y cual es?  
 — Las últimas lluvias han hecho crecer tanto el Galiotte, que no encontrareis el vado, y de seguro os ahogareis con vuestro caballo. Preguntad al arriero Langevin, que ha tenido que volverse y no saldrá hasta mañana. ¿No es verdad, Langevin?  
 — Es la pura verdad, respondió el arriero interpelado que se hallaba sentado a la mesa deleitándose con un pedazo de ternera y un quesito del país. Seria preciso estar loco para intentar el paso del Galiotte esta noche.  
 — ¡Llévese el diablo el Galiotte! exclamó Alfredo con mal humor. ¿Y no hay ningún puente en ese río?  
 — ¡Oh! sí, señor, hay uno.  
 — Pues le pasare.  
 — Sí, pero se halla a ocho leguas de distancia.  
 Alfredo dió una patada encolerizado y dijo murmurando:  
 — Entonces, que preparen dos cuartos y que saquen cena para los dos.  
 Y abriendo su librito de memorias escribió con su mejor letra:

A MI JULIETA.

SONETO.

Durante este coloquio Carlos se había dormido, y a ejemplo del gato, roncaba que era un portento. Al cabo de media hora se despertó preguntando:  
 — ¿Y la cena?  
 — Ya está lista, respondió la posadera.  
 Alfredo se apresuró a cerrar el librito de memorias que desapareció en el bolsillo de su paletó.  
 — ¿Qué es lo que escribías? le preguntó su amigo.  
 — ¡Yo! Nada, echaba cuentas.  
 — Estoy para creer que componías versos, y haces muy bien en ocultarlos, pues a fe mía que valen muy poco los que has hecho hasta aquí.  
 El arriero se había vuelto a sus mulas, y en la mesa en donde había cenado se extendía un mantel de una inmaculada blancura. Los guisados del hornillo y las gallinas del asador se ostentaban en fuentes de loza pintadas de flores desconocidas y de pajaros imposibles.  
 Carlos principió a comer con furor; Alfredo no probaba bocado.  
 — ¿Está enfermo vuestro amigo? preguntó la posadera, que se había familiarizado con Carlos.  
 — ¡Ay! ¡Está enamorado!  
 — ¿Y eso le quita el apetito? Sin duda es un amor fuerte. En ese caso, debo suponer que vos no estais enamorado.  
 — Me lisonjeo de ello, repuso Carlos comiendo a mas y mejor.  
 Cuando hubo cenado copiosamente, Alfredo exclamó:  
 — Creo que has comido y bebido lo bastante; ¿te parece que podemos acostarnos?  
 — Con mucho gusto, amigo mío, ahora me hallo en estado de esperar con paciencia el almuerzo.  
 La posadera tomó una luz y llevó a los viajeros a un cuarto de dos camas adornadas con cortinas de percal estampado.  
 — Buenas noches, mi querido Alfredo, dijo Carlos hundiéndose voluptuosamente en una cama blanda y calentada de antemano.  
 — Buenas noches.  
 — ¿No te acuestas tú?  
 — No.  
 — ¡Hum! exclamó Carlos; ¿supongo que aun tienes que echar cuentas?  
 — Justamente.  
 — Pues diviértete, amigo mío.  
 Alfredo abrió nuevamente su cartera, y a la cabeza de otra hoja enteramente blanca volvió a escribir en letras mayúsculas estas dos líneas que ya conocemos:

A MI JULIETA.

SONETO.

Al cabo de una hora de esfuerzos desesperados apenas había podido trazar cuatro versos en los que comparaba al suplicio de Tántalo la desgracia de estar separado de su prometida.

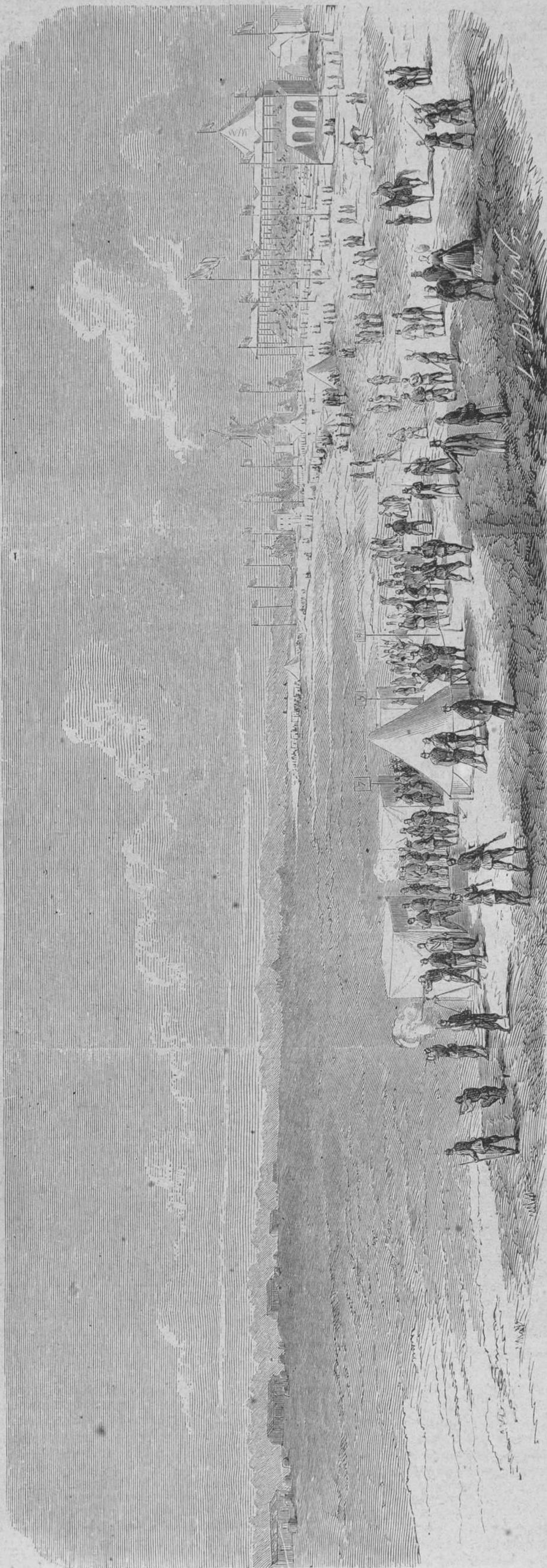
(Se concluirá.)

**Tiro de la Asociación nacional**

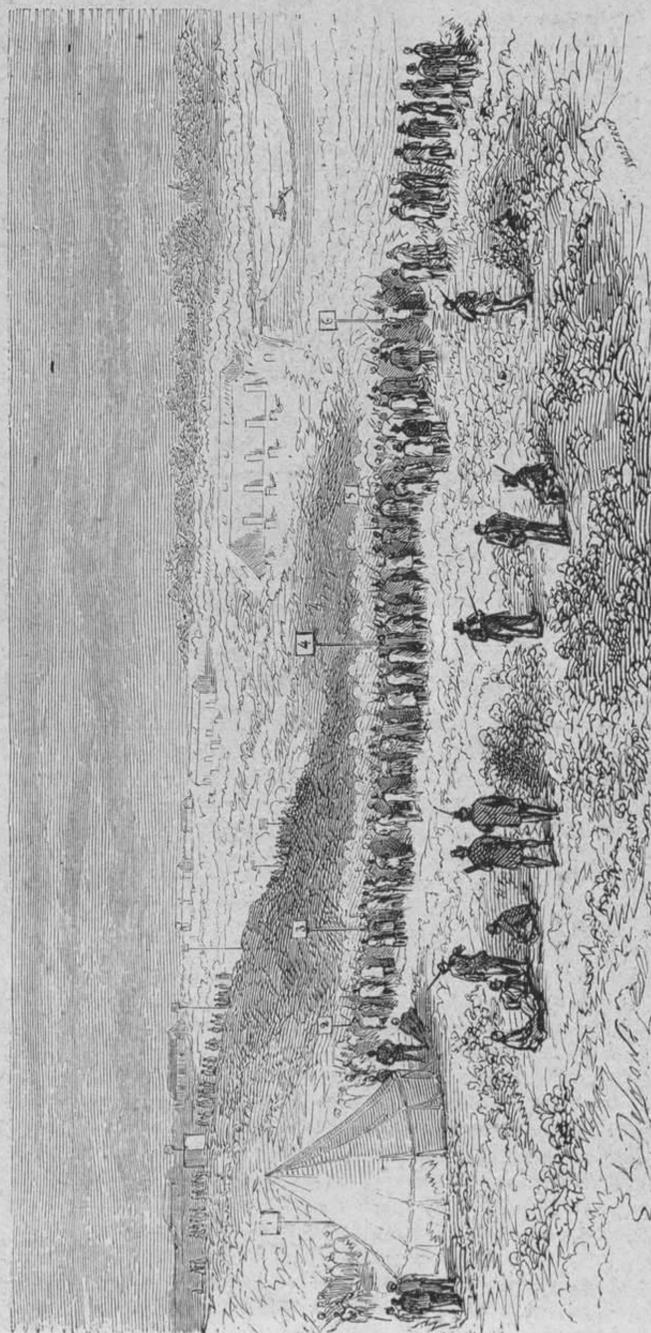
DE LOS RIFLES EN WIBLEDON-PARK (LONDRES.)

El tiro de la Asociación nacional de los Rifles se halla

TIRO DE LA ASOCIACION NACIONAL DE LOS RIFLES EN WIBLEDON-PARK.



Vista general del tiro.



Tiro de los aficionados.



Los blancos.

situado á algunas millas de Lóndres en Wibleton-Park, sobre una meseta bastante espaciosa, y rodeado en el horizonte por una hermosa vegetacion de fondo muy pintoresco. El tiro comenzó por el premio de la reina destinado únicamente á los rifles, y así es que los regimientos de rifles de toda Inglaterra habian enviado sus mejores tiradores. La disposicion del tiro se compone, como lo indica nuestro dibujo, de tiendas que sirven de abrigo en caso de mal tiempo, y de toldos á cuyo amparo se colocan los tiradores. En cada grupo de tiendas y de tiradores hay un oficial del ejército para apuntar los disparos, y un soldado con una bandera, que agita para suspender los tiros cuando se debe examinar el resultado de alguno de ellos. Cada rifle se pone para tirar en la posición que mas conveniente le parece; unos tiran con la rodilla en tierra, otros tendidos boca abajo, otros sentados como los sastres. Cuando el tirador ha hecho su disparo va á colocarse cargando su arma detras de los que esperan y en una sola linea, de modo que cada cual disfruta de su turno. Todo esto se hace en silencio; si los rifles asistieran á una ceremonia fúnebre no se mostrarían mas recogidos.

Los blancos forman un pequeño polígono de tierra, en lo alto del cual están los números, que son bastante grandes para que puedan verlos los tiradores. Debajo de estos números hay unas placas de hierro blanqueado en las cuales estan pintados los círculos, y á cada lado se elevan chozas de tierra destinadas á proteger á los marcadores. Hacen este oficio soldados de infantería que tienen á su alcance tres banderas de diferentes colores con las cuales marcan el valor del tiro, y que inclinan á la derecha ó á la izquierda, según la dirección del disparo.

El tercer dibujo representa el tiro de los aficionados, donde mediante seis chelines puede ejercitarse todo el mundo. Gerard, el famoso cazador de leones, se propone mostrar su destreza delante de los rifleman y los gentlemen.

Los aficionados se encarnizan con un pobre ciervo indicado á la derecha del dibujo. Este ciervo está hecho con una placa de hierro cortada y pintada que se desliza por una ranura, y que levantan unos hombres abrigados detras de un monton de tierra.

En cuanto al conjunto de la fiesta, diremos que presenta el espectáculo acostumbrado, esto es, aparadores cargados de comestibles indispensables para toda reunion inglesa, músicas de rifles, en donde dominan el bombo y los tambores, y una muchedumbre flemática que se mueve por todas partes, sin que parezca divertirse extraordinariamente.

G. G.

**Las gerarquías.**

Todo lo que es natural es lógico, y la lógica de los acontecimientos es la ley de la necesidad. El hombre ha nacido para vivir con sus semejantes, y le son precisos sus auxilios, y le es indispensable la sociedad. Sin la sociedad seria imposible nuestra existencia, y la sociedad nos protege desde nuestro nacimiento, y por la sociedad atendemos á todas nuestras necesidades, y en la sociedad realizamos la ley del progreso, y prac-

su origen en las leyes eternas escritas en nuestra naturaleza, la sociedad es necesaria. En el primer caso es libre, depende de nuestro albedrío; en el segundo es forzosa, es imprescindible, es necesaria. Los apologistas del pacto social parten del individuo para formar la sociedad. Los impugnadores de semejante utopia, admiten la sociedad como el resultado inmediato de nuestra organizacion, y tratan de conciliar los derechos colectivos con los derechos individuales. Para ellos figura en primer término la coleccion, en segundo la individualidad. Para sus adversarios es mas sagrado el derecho

de la persona que el de la sociedad, el del hombre mas que el de los hombres, el de uno mas que el de todos.

Pero la sociedad es el primer hecho que vemos, y que sentimos, y que reputamos como necesario. Luego todas nuestras consecuencias deben derivarse de un principio tan exacto, de una verdad tan elocuente, de un axioma que solo desconoce una inteligencia extraviada. Luego todos los efectos que se produzcan en la sociedad, debemos aceptarlos si han sido precisos, naturales, ineludibles. Por eso admitiremos las gerarquías sociales.

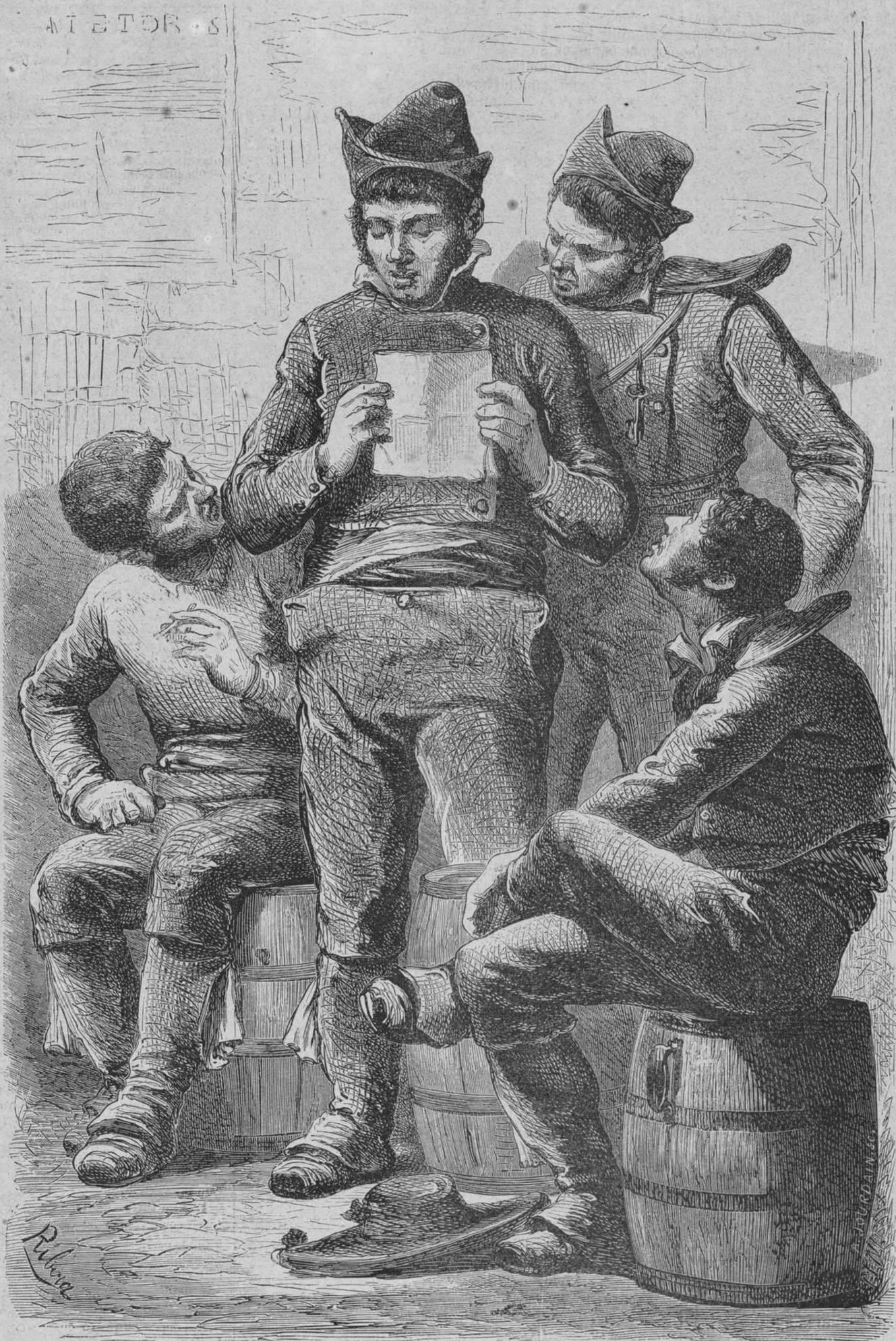
Si la igualdad de la organizacion humana se reflejara fielmente en cada uno de sus individuos, y si todos nos moviéramos al impulso de una máquina ó al juego de un resorte, y si en todas nuestras acciones se dejara ver una misma intercion, un mismo mérito, la misma sinceridad; y si todos nacíáramos con iguales disposiciones, y las dirigiéramos por la misma senda, y obtuviéramos iguales resultados, entonces las gerarquías serian la enseña de la injusticia, de la corrupcion, de la anarquia, mejor dicho, no serian posibles, pues no habria diferencia, ni superioridad, ni distinciones. Pero la Providencia no podia consentir en la monotonía humana, porque hizo libre al hombre para hacerle responsable, porque le imprimió á cada uno su carácter especial para separar los individuos, porque derramó sobre algunos la luz del genio para que guiaran á los otros por el único camino que nos lleva á la ciencia, al progreso, á la verdad.

Por eso admitimos la necesidad de las gerarquías, como hemos admitido la necesidad de la sociedad. Y no es que

hayamos admitido estos principios como indispensables, sino que los hemos reconocido como necesarios, como fatales, como existentes. Las gerarquías son las que retratan el mérito de las clases sociales, las que lo definen, las que le abrojan privilegios.

Pero si bien sostenemos la necesidad de las gerarquías, no podemos menos de combatir el abuso que á su sombra se introduce, y declamar contra la injusticia de ciertos privilegios que se les otorga, y de pedir la abolicion de instituciones odiosas, absurdas y tiránicas.

Y para presentar con claridad nuestras aseeriones,



Aguadores de Madrid leyendo las noticias de Méjico.

ticamos la virtud, y obedecemos á nuestro destino.

Luego la sociedad debe ser el punto de partida de todas nuestras investigaciones, debe ser el axioma de todos nuestros principios, debe ser la sólida base sobre que han de levantarse todas las teorías de gobierno. Y no obstante, se encuentran filósofos tan obcecados, que asentando esta premisa: « el hombre es salvaje por su naturaleza, y se reúne en sociedad por conveniencia » deducen las consecuencias lógicas de este absurdo, que son los errores mas trascendentales para el orden, la paz y la armonía de la sociedad. Si la sociedad procede de un pacto, su constitucion ha sido voluntaria; si tiene

debemos ofrecer de antemano algunos datos ó preliminares que ilustren la materia.

La calidad del trabajo á que nos dedicamos influye directamente en nuestras necesidades. Empieza por exigir de nosotros cierta clase de alimento, si nuestra organizacion viene á gastar mas cantidad de fuerzas materiales que intelectuales. Y no produce este solo efecto: el hombre que se consagra á una tarea material, limita en mucho sus relaciones sociales, en el sentido de que su trabajo le llama durante todo el dia, dejándole la noche para el descanso. Luego el hombre que por la calidad de su oficio ha de ser esclavo de la produccion, habrá de renunciar á obtener mas ventajas de la sociedad que las garantías de sus derechos imprescindibles, y el salario que remunerará sus servicios. Y como los oficios materiales ó mecánicos puede desempeñarlos todo el que se sienta con fuerzas físicas, y como son muy pocos los exceptuados de esta regla, y como son muchas las ocupaciones que exigen esta indole de trabajo, no debe sorprendernos la consideracion de que gozan todos los que reducen su tarea á reproducir constantemente operaciones sencillas, fáciles y analogas. De aquí resulta bien claramente que la masa social la componen los que desempeñan oficios mecánicos, y que esta clase universalísima ha de ser el cimiento sobre que se levantan las mas privilegiadas, y las que han de elevar el rango de las gerarquias.

El valor de las personas crece á medida que sus servicios son mas reclamados. Y así advertimos constantemente que los esfuerzos mas solicitados son aquellos que reportan mas utilidad, y que los mas retribuidos son los que se valúan en alto precio por las circunstancias especiales del trabajo que exigen. Todos buscamos siempre la utilidad, pero hay muchas cosas útiles que no tienen valor, ó si lo tienen es muy escaso, porque no han sido necesarios esfuerzos para producirlos, ó si se han empleado, ha sido en muy pequeña cantidad. Pero es un hecho universal, la estimacion que hacemos de las personas segun la calidad de nuestras exigencias, de lo que pedimos á su trabajo, de lo que esperamos de sus esfuerzos. Luego conquistará mayor prestigio el que pueda satisfacer las mas nobles é importantes necesidades, que no el que confundiendo entre la masa de los productores no se distingue por alguna calidad relevante.

Hemos dicho que las gerarquias deben ser la expresion genuina del mérito de cada una de las clases de que se compone el cuerpo social. Por eso debe estar la importancia de las clases en razon directa de las dificultades que vencen con sus respectivas profesiones, y de la sublimidad del objeto de cada una de ellas. Porque si distinguimos gerarquias, es para valorar el mérito de los hombres, y recompensarlo con las debidas consideraciones. Y todas las gerarquias que no se fundaran en semejantes principios, serian injustificables. Vamos á demostrarlo con ejemplos elocuentes.

Las gerarquias tienen su apoyo y sancion en las leyes y en las costumbres. El derecho otorga mas atribuciones á unas que á otras personas. Las costumbres respetan mas á unas que á otras clases. Y ¿será esto una injusticia, una arbitrariedad, una aberracion?

Que las instituciones públicas favorezcan con mas derechos á unas que á otras clases no debe extrañarnos. La filosofia política debe estudiar todas las circunstancias de los ciudadanos en sus diversas gerarquias, para conferirles aquellos derechos que puedan usar prudentemente, que no comprometan la seguridad del Estado y que se realicen sin disturbios, sin luchas, sin animadversion. Por eso debe buscar las garantías de estos mismos derechos, y allá donde los encuentra, allá debe depositarlos. Y en esto no hay desigualdad sino justicia. Y en esto no se ofende á las personas, si es que se aprecian las clases.

El sufragio universal mide á todos con la misma vara, y sin detenerse á examinar las circunstancias que concurren en cada uno de los ciudadanos, á todos los considera iguales, para todos es el mismo, á nadie excluye de su derecho. Y ¿fuera aceptable semejante sistema? La ciencia de gobierno no puede transigir con tales desvarios. El derecho del elector es todavía mas delicado que el derecho del elegible. Si ofrecen garantías los electores las tendrá de hecho el elegido. Pero no exigais garantías al elector, abandonadle á su capricho y á su interés, y el resultado de la eleccion os demostrará la inconveniencia de vuestro sistema.

Las leyes sociales que son tan naturales como las del mundo físico, han producido las clases y con ellas sus próximas consecuencias que son las gerarquias. Inútil es revolverse contra un hecho necesario. Ridículo es combatir el imperio de la necesidad.

Luego observamos que las leyes políticas empiezan por reconocer las gerarquias, midiendo la aptitud de las clases y justificando los derechos que les conceden. Pero no llevamos tan adelante el principio, que admitamos los privilegios odiosos é injustificables en favor de determinadas personas ó familias ó clases. No queremos mas privilegios que los de la justicia, conceder todos los derechos donde haya garantías de buen uso. Por eso figura el capital ó la renta como la base del sufragio, pues se supone muy cuerdamente que aquel que arriesga sus intereses tendrá cuidado de no contribuir al desorden, á la revolucion, á la anarquía, y procurará conciliar todas las aspiraciones legítimas, entronizar la paz, y fomentar el desarrollo de todas las industrias.

Las costumbres tributan mas culto que las leyes á las gerarquias, y puede decirse que es mas ostensible y fuerte su poder en el hecho que en el derecho. Si razones poderosas han militado para que la legislacion es-

tableciera algunas diferencias respecto á las clases sociales, todavia son mas justos los motivos que abonan la practica de la costumbre. Para que exista una simpatia íntima entre dos personas, preciso es que haya entre ellas algunos puntos de contacto, de semejanza, de afinidad. Por eso es imposible que se estrechen por un vinculo indisoluble aquellas clases que por su educacion, por sus conocimientos, por sus hábitos, se distinguen y separan. Y esos son los lazos mas naturales que pueden relacionar á los hombres por el afecto, por la ciencia, por la simpatia.

No, no es posible que el hombre entregado constantemente á la meditacion pueda explayar su espíritu en una esfera social que no haya de comprenderle. No, no es posible que el obrero vaya á acercarse al filósofo para dar expansion á su alma, cuando haya abandonado sus trabajos. No, no es posible que aquellas clases que se contraponen por la indole de sus tareas puedan encontrar su eco las unas en las otras.

Así es, que las gerarquias sociales tienen su origen en la naturaleza, pues si es natural al hombre la ocupacion, si le es forzoso el trabajo, si ha de consagrar su existencia á una profesion ú oficio, natural es tambien que haya mas intimidad entre las personas que se dedican á una misma tarea, natural es que se caractericen por sus costumbres peculiares, natural es que se amparen, y se protejan, y se defiendan como hermanos. Las clases de la sociedad son verdaderas familias; y así como entre las familias hay tambien su orden gerárquico por razon de los años y la experiencia y la indole del parentesco, así tambien entre las mismas clases de la sociedad se destacan las figuras de mas bulto, que son siempre los personajes de mas mérito, ó cuando menos de mas fama.

El género de trabajo, el talento de los que ejerzan las diversas profesiones, y sus virtudes respectivas, deben ser el único cimiento sobre que ha de levantarse el edificio de las gerarquias.

Las gerarquias deben referirse á las clases por el mérito de sus tareas; las gerarquias no deben ir mas allá de la persona; las gerarquias de títulos hereditarios que pasan con frecuencia de un imbécil á otro mayor, son el desprestigio de los que los llevan, la degradacion del que supo conquistarlos, y el ridículo de las gerarquias.

JUAN CANCIO MENA.

### ¡No eras tú!

Confieso que me engañé,  
Y por cierto que este engaño  
Ha durado mas de un año,  
Cerca de dos...; ya se ve;  
Con tan entusiasta fe  
Juramos amor eterno:  
— Pero ¡voto al mismo infierno!...  
Ya comprendo, y esto es llano,  
Que flor que brota en verano,  
No ha de vivir en invierno.

En verano, ciertamente.  
¡Qué tarde tan deliciosa!  
¡Y tú, estabas tan hermosa!  
Y yo... yo estaba demente.  
Y el sol, el mar, el ambiente,  
Daban vida á mi ilusion.  
Revelando mi pasion,  
Yo te dije no sé qué,  
Me miraste, te miré...  
¡Magnífica introduccion!

¡Y que solo dos miradas  
Encierran tantas mentiras!  
Ya, como yo, ni suspiras  
Por nuestras glorias pasadas.  
¡Qué tiernamente pintadas  
Están en la carta aquella  
En que te llamo *mi estrella!*  
Sí, que á un tiempo en el papel  
Tú escribiste... ¡solo él!  
Y yo escribí... ¡solo ella!

Cual yo, mentidos alcanzas,  
Entre variados excesos,  
Suspiros, lágrimas, besos,  
Y recuerdos y esperanzas.  
Dejemos ya tales chanzas;  
Que si un ángel ver creí  
Con mi loca fantasia  
En mundo tan baladí,  
Ya, por mi bien, aprendí  
Que no eras tú, vida mia.

¡No eras tú! que, tristemente  
De mi sueño al despertar,

Ví, pobre niña, espirar,  
La luz de tu hermosa frente.  
Tú por la falsa corriente  
Del mundo arrastras el vuelo,  
Mientras yo con santo anhelo,  
Con el mundo mismo en guerra,  
Voy buscando por la tierra  
Mi soñado amor del cielo.

EDUARDO BUSTILLO.

### Revista de la moda.

SUMARIO. — Las bodas de S. A. R. la princesa Alicia en Osborne. — Trajes y regalos de boda. — Coleccion de trajes de novia. — Prendido de la novia y de su madre. — Sombreros de jardín y de visita. — El sombrero Batelera. — El sombrero María Antonieta y el sombrero Canotier. — Trajes de piqué y de muselina para campo. — Descripción del figurin de este número que representa trajes de niños.

Este mes tengo que señalar una buena cosecha de actualidades, y entre ellas voy á describir unas vistas de novia que consisten en trajes creados ayer por *madame Gauguin*; pero antes de dirigir á esta modista todas las felicitaciones que le son debidas por su buen gusto y su imaginacion para inventar adornos, quiero decir dos palabras sobre un gran suceso que ha puesto en conmocion á toda la ciudad marítima de Osborne. Es este suceso el casamiento de la princesa Alicia con S. A. R. el príncipe Luis de Hesse. La ceremonia se verificó el martes con la mayor pompa. El padrino del novio era S. A. gran ducal el príncipe Enrique de Hesse, su hermano, y el de la novia S. A. R. el duque reinante de Sajonia Coburgo-Gotha, tío suyo.

La jóven princesa llevaba un vestido de gro blanco aterciopelado, guarnecido de volantes de encaje y de flores de azahar y de mirto. En la cabeza lucia una corona de esas mismas flores sosteniendo un largo velo de encaje.

El príncipe vestia de negro y llevaba la cinta y la estrella de la órden de Luis.

Los prendidos de las princesas Elena, Lucia, Beatriz y Ana de Hesse, se componian de vestidos de tul, sobre un trasparente de tafetan blanco glaseado é iban guarnecidos de ruches de cinta gris perla.

Los caballeros llevaban todos frac negro, chaleco blanco, pantalón gris y corbata negra.

El regalo de boda que la reina Victoria hizo á su hija la princesa Alicia, consiste en una bella pulsera engastada con perlas y diamantes con los retratos de S. M. y el príncipe Alberto, rodeados de piedras preciosas. En lo alto de esta alhaja se ve tambien la corona real con los retratos del príncipe Luis y la princesa Alicia y sus monogramas al pié. La reina le ha regalado además tres anillos, en conformidad con la antigua usanza; uno de diamantes, otro de esmeraldas y otro de rubies. El regalo del príncipe de Gales consiste en un rico aderezo y una hermosa tiara de perlas y diamantes. Las doncellas que acompañan al altar á la desposada, le hacen otro presente en la forma de un servicio de té de plata sobredorada. El regalo del príncipe Alberto fué preparado antes de su muerte, y consiste en una pulsera para cada brazo, un soberbio broche y una espléndida tiara de oro, diamantes, esmeraldas y otras piedras preciosas de inestimable valor. La princesa de Prusia ha presentado á su ilustre hermano un neceser de ébano ornamentado, forrado de terciopelo, y con todas las piezas interiores de oro puro, exquisitamente labradas y grabadas con las armas reales.

Pero dejemos ya esta boda régia y pasemos á los vestidos de *madama Gauguin*.

Cuando os presenté esta elegante modista, presentia ya la reputacion de que disfruta hoy. Su lindo pabellon de la *calle de la Chaussée-d'Antin*, núm. 33, es conocido de todas las señoras de buen tono. Los vestidos de *madama Gauguin* no podrían convenir á las mujeres que quieren distinguirse á toda costa, para lo cual no hallan nada mejor que vestirse de un modo exagerado.

Hé aquí el vestido de novia.  
Nunca he visto nada tan fresco y vaporoso; es una flor mas que un vestido.

Es una tarlatana llena de copos de nieve con volante de Inglaterra cosido llano en el bajo de la falda. Lleva además un segundo volante dispuesto en forma de manto Luis XV, abierto de modo que deja aparecer un vaporoso delantal de tarlatana sembrado de copos de nieve.

El cuerpo es alto y liso, y lleva mangas guarnecidas de punto de Inglaterra.

Además tiene otro cuerpo escotado guarnecido de punto de Inglaterra.

Los otros vestidos son estos:  
— Uno de gasa blanca de Chambéry adornado por abajo con una galeria de encaje de Chantilly fruncida en volante en medio de ruches de gasa orilladas de terciopelo rosa. De paño en paño hay panós Luis XV de entredos de Chantilly y ruches de gasa.

El cuerpo escotado lleva una draperia de gasa orillada con entredos de Chantilly y ruches menudas.

— Otro vestido de tafetan azul con una rica galeria de terciopelos anchos y estrechos. Por arriba lleva un volante de Chantilly pegado llano, y por abajo otro volante fruncido. Este adorno describe sobre el delantero de la falda un delantal napolitano. El cuerpo liso lleva mangas con adornos adecuados á los de la falda.

— Otro vestido de tafetan verde esmeralda, guarnecido en el bajo de la falda con un borde de bocas de lobo del mismo tafe-

tan, ribeteadas de un galon mas claro. El cuerpo es abierto y tiene hombreras adornadas como la falda. Las mangas marquesa son bastante anchas, forman el codo, y tienen un puño que se cierra con un doble boton de diamantes.

Ahora me falta describir el vestido de la madre de la novia, que es de tafetan color de hoja seca, y va guarnecido con un volante de Chantilly que sube en greca por un lado, y coronado con un rizado menudo. Las mangas marquesa, con puño cerrado por un boton de diamante, llevan una greca de encaje en la costura.

Si os recomiendo madama Gauguin, es porque ha habitado largo tiempo en Lima, y es, digámoslo así, vuestra compatriota.

Pasemos á los sombreros á la órden del verano.

Para campo y baños de mar se usa mucho el sombrero Batera de paja suiza, puesto en moda por S. M. la emperatriz en Fontainebleau, y que está adornado con una rama de lilas con su follaje, prendida en un grueso lazo de tafetan negro.

La rama de lilas se reemplaza con un ramo de rosas ó de flores silvestres.

Tambien se usan mucho este verano:

— El sombrero Maria Antonieta copiado del cuadro de madama Lebrun, que existe en la galeria de Versailles: — el sombrero de fina paja de Italia, adornado con tres penachos de plumas blancas que caen en copos muy altos encima de la cabeza; — ó el sombrero Canotier de paja Monaco con ramo de amapolas en un lazo de terciopelo, y encaje negro con cinta de terciopelo negro y encaje.

Ignoro si en vuestros climas tropicales se usa el sombrerito redondo, pero no dudo que seria un tocado muy conveniente, tanto mas cuanto que se puede adornar estos sombreros de la manera mas caprichosa, y adecuándolos á los trajes mas variados.

El sombrero Watteau de crin blanco, forrado de tafetan blanco, rosa ó malva, con su ramo de flores correspondiente, es de una perfecta elegancia.

Pasemos á los sombreros de trajes de visita.

Un sombrero de crin blanca con bavolet de encaje negro y ancho sesgo de terciopelo verde, sobre el cual corre una greca de paja estampada. Por un lado plumero cazador de plumas verdes, prendido con una traviesa de terciopelo y un broche de paja.

Otro sombrero de crin blanca con borde redecilla de paja maiz, ilustrada con mimosas de terciopelo negro. Al lado, un lazo de espigas de maiz, sostenido con una barba de encaje negro. Bavolet de crespón maiz. En el interior, pompon de bolas de nieve color maiz, con lazo de espigas y de encaje.

Un sombrero de crespón gris con un bavolet de terciopelo azul turquesa cubierto de encaje. Encima del sombrero grueso pouff de plumas color gris que caen en forma de penacho por dentro sobre unas cocas de encaje negro, y otras de terciopelo azul. Cintas de tafetan gris.

Por último, una capota de muselina con gruesos bullones que cubren traviesas de tafetan malva. En lo alto un pouff de rosas de tarlatana malva con hojas de punto de Valenciennes. En el interior el mismo adorno.

Esta capota es preciosa y sienta perfectamente con un vestido de muselina sobre trasparente malva.

Los vestidos de piqué y de muselina están muy en moda.

Los de piqué blanco se bordan de trencillas encarnadas y negras. Es muy original un vestido de piqué blanco adornado con tres bandas de piqué maiz rayadas de trencilla blanca, con lazos de galon blanco que atraviesan la banda de distancia en distancia. La tercera banda sube en forma de túnica sobre el vestido, y pasa sobre los hombros formando tirantes.

En los de muselina, el mas distinguido es el blanco adornado con cuatro volantes pequeños rizados separados con un entredos de encaje negro. La serie consta de cuatro volantes. El cuerpo es escotado y lleva una esclavina con igual adorno.

Tambien se hacen vestidos de muselina blanca con once volantes pequeños y festoneados de color violeta, con cinturón idéntico.

Finalmente, los hay asimismo de muselina blanca bordada con dos volantes. Los volantes bordados se ponen á menudo sobre un fondo de tarlatana blanca, maiz, malva, rosa ó azul.

Es lo mas ligero y mas nuevo que se conoce.

Terminaremos con la descripción de nuestro figurin que representa trajes de niños.

Primer traje, para niña de ocho á nueve años. — Vestido de pelo de cabra, adornado en el bajo de la falda con un sesgo de tafetan negro bordado de espigas ejecutadas al pasado. Cuerpo liso con escote cuadrado, adornado por arriba con un sesgo parecido al de la falda. Por detrás cae un cinturón de largas puntas bordadas. Mangas de codo con bocamangas. Camisolin suizo. Mangas interiores de muselina. Sombrero campana de paja de Italia adornado con una guirnalda de follaje y frutas.

Segundo traje, para niño pequeño. — Vestido de muselina blanca adornado en delantal con tiras de entredos de valenciennes orlando cuadros bordados al plumetis. Esclavina adecuada al vestido. Cinturón de moiré azul. Sombrero de paja de arroz, ribeteado de terciopelo azul y adornado con pluma de avestruz.

Tercer traje, para niña de diez años. — Vestido de gasa de Chambéry con tres volantes en el bajo de la falda montados á pliegues, y cabeza sostenida por un terciopelo negro. Cuerpo liso con escote cuadrado y acompañado de una berta con un volante pequeño, y formando fichu con largas puntas por detrás. Manga corta terminada por dos volantes. Camisolin y mangas con pliegues suizos; el puño va adornado con un plegado de muselina realizado por una pequeña guipure; por este plegado abierto se pasa un terciopelo negro, así como en el escote del camisolin. Redecilla muy fina; y sombrero un poco abarquillado por los lados, adornado con una cinta de terciopelo negro y un ala de plumas de faisán dorado.

Cuarto traje, para niño de cuatro á cinco años. — Jaqueta y pantalon mariner de tela de China maiz, bordados en soutache blanca. Cuello liso y puños de lienzo fino.

Quinto traje, para niño de seis á siete años. — Chaquetilla flotante de casimir ó paño ligero, con adorno de borlitas; pantalon de un largo ordinario con igual adorno por el lado. Cuello liso y puños de tela fina. Corbata de tafetan.

Sexto traje, para niño de tres años. — Falda de pelo de cabra gris adornada con bandas de cachemira cereza, bordadas con un dibujo griego que se ejecuta en galon de lana negra ó en terciopelo. Camisolin garibaldino, con el mismo bordado sobre el plegado de enmedio y en el cuello. Pantaloncito adornado con un volante de batista plegado á la mano.

Sétimo traje, para niña de cuatro á cinco años. — Vestido de tafetan azul guarnecido en el bajo de la falda con un rizado de tafetan. Cuerpo liso con escote cuadrado y una berta fichu que se cruza por detrás y lleva un rizado de cinta. Camisolin con bullones separados por listas de entredos, y terminados con un cuello bordado. Mangas adecuadas al camisolin. Sombrero Batera adornado de flores silvestres.

Octavo traje, para niño de once años. — Pequeño paletó de un largo ordinario; chaleco de piqué; pantalon de piqué inglés blanco y sombrero mariner de paja de Italia.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

## El frac.

El frac es una abreviatura de fraque; y este, el chisme mas ridiculo que posee la humanidad del siglo XIX, no es ni levita ni chaqueta, sino una mistura, una composicion de ambas prendas; es, como todo lo compuestro, una cosa que no debiera tener nombre propio.

El frac tiene sus gerarquias como todo lo existente en el mundo; no es el frac del ministro de la misma categoria que el frac del alcalde de una aldea de Cataluña, ni el frac del pollo imberbe es igual al del hombre de edad madura.

Esta prenda que asemeja al grillo, presta sus ridiculeces adaptadas á su dueño: se identifica con quien lo usa y es el padron de la profesion de quien lo lleva; á todos sienta mal, como disuenan las palabras negligé, toilette, etc., etc., en el centro de un dialogo en español: si yo fuera revolucionario, ya habria dicho á voz en grito: ¡muera el frac! pero soy muy pacífico y no me gusta meterme con quien no se mete conmigo; antes al contrario, yo me meto con él (en todas partes donde me dejan entrar).

Cuando se ve un hombre con frac, puede asegurarse que va á emprender alguna cosa ridicula; de seguro que va á hacer cortesias: suelen usarlos tambien los pretendientes de alto rango, ó los que ya consiguieron ó esperan conseguir; lo lleva constantemente el que fué y no es: esto es, el pobre vergonzante; es como la moneda de oro, lo último que sale, concluye cuando las esperanzas; por esto es el último resto del vestuario, que se conserva en poder de aquel que antes era y hoy es como si no fuera.

Ese frac que plega sus martillos al cuerpo, que mueve sus faldones á un compás pausado, piano, como dicen los músicos, que se ajusta sin ir abrochado y que ostenta una gran cruz en el lado izquierdo, nos revela que el que lo lleva es un general, un miembro de la corona ó un alto dignatario: toma el frac en este caso todo el aire de la importancia de su dueño, parece que dispensa proteccion á cuantos reciben la impresion de verle; es de manga ancha porque... lo es... ancho de cuerpo porque es enemigo de las estrecheces, tiene buenas solapas porque es un traje de etiqueta y debe ser solapado: si el frac no tiene gran cruz es que su dueño carece de ella: se pliega menos en este caso para dejar en duda al que mira á su amo.

¿Veis ese frac que se mueve como ropa en tendadero un día de marzo? ¿Veis que parece un descoyuntado y da con la punta de sus faldones á cuantos se acercan al que lo lleva? Pues bien, el que lo usa es un pollo que corre en busca de su amada, un autor que vuela en busca de un editor que no recibe obras que no sean presentadas en traje de etiqueta, un empleado que llega tarde á la oficina porque tuvo que asistir á la boda de su amigo; en una palabra, estos fraques de dislocacion indican la importancia negativa del que los lleva: el frac sienta bien al pollo únicamente porque del mismo modo que aquel no es levita ni chaqueta, el segundo no es hombre ni mujer, sino se parece á ambos, es afeminado como ellas, carece de barbas como ellas, pero las hace el amor con mas atrevimiento que ellos; lleva pantalones y cilindro negro en la cabeza como ellos, y en una palabra, es inconstante en sus pensamientos como en sus semejanzas.

Mirad á ese caballero de rostro tostado que se abrocha el primer boton del frac y que le lleva ceñido sin movimiento; ese mozo acaba de llegar á la posada de los Huevos, viene á diligencias propias, es de la Mancha ó de Castilla, si no es alcalde es corregidor, y viene á conferenciar con un individuo de la diputacion provincial que le ofreció servirle en lo que se le ofreciese; llega al gobierno civil, sube á la altura del puesto de su protector, espera un rato en la antesala, cuenta al portero su mision, su procedencia, admira la posicion de aquel mozo que se ocupa en escharbar el brasero, y entra por fin excitando la hilaridad de cuantos tienen la dicha de ver el fraque que se hizo el lugareño para asistir á las fiestas reales del casamiento de Fernando VII con la reina Doña Amalia; mientras habla se acaricia las agudas orejas de la solapa; si su protector es tan amable que le permite que se siente en su presencia separa anticipadamente los faldones de aquel señor que no puedo nombrar sin enfurecerme.

Ahi va, miradlo, lleva el fraque completamente abrochado desde el primer boton hasta el último; no temais,

no os pedirá lo que le debeis, pero no le mireis mal no sea que os desafie al trompis; ese caballero rubio es un inglés, no de profesion, si de nacion; ese caballero le lleva ajustado, le da cierto movimiento aristocratico porque el que le posee es lord... Vw, y como los lores en Londres son tan insufribles como el nuevo y resucitado aristócrata, es decir, que un lord inglés es como aquellos que vemos en nuestro pais (y veriamos en otro cualquiera donde viviésemos), que salidos de cualquier parte se hacen títulos con solo tener capital para ello ó con una hora de bienaventuranza; nunca es generalmente por la mansedumbre, aunque es alguna vez por tener muchos mansos.

Aquel que pasa por la acera de enfrente y que lleva el frac completamente abierto y casi en disposicion de marcharse de con su amo, es un ídolo de nuestros aristócratas, es un francés; todos le miran y le ven la cinta encarnada en el ojal; no es esta la de Peracans ni la de Cristo de Portugal, es la de la Legion de Honor de Francia, el que la lleva es un republicano de 1848 y napoleonista de 1857; fuera de España tambien sucede esto y mucho mas, pero al fraque; este señor en poder de un francés se mueve con menos ligereza que cuando lo lleva un español, pero mas que puesto sobre un inglés, se une generalmente á los anchos pantalones del que lo posee, su dueño lo trata con descuido y lo mismo lo usa el par que el non, es decir, lo mismo entra en la asamblea de los pares que carga con un cajon de perfumeria.

Contemplad aquel mozo que lleva un fraque negro que ostenta todo su compuesto, miradle de perfil y lo tomareis por chaqueta; miradle por delante os parecerá lo mismo; ¿cómo pudo meter ese señorito la mano por esa manga? miradle por detras; ya no es chaqueta, pues arrancan de dos dedos mas atras de cada vacio unos faldones que al compás regular van azotando al que le lleva encima; no lo dudeis, ese caballero es maestro de una escuela de diputacion y va á llevar los niños á misa: el frac del maestro es la distraccion de los muchachos; todos desean frac, pero no como el de su maestro, porque ven en él una chaqueta con dos tablas de jabonar.

Ese otro que ostenta frac abultado de pecho no es un ama de cria; es un niño que chupa, es un... si lo diré... es un escribano que lleva en los colosales bolsillos de los lados una causa de tres mil hojas sin la cubierta; y de no ser escribano es un usurero que lleva mil docientas escrituras de retenciones de terceras partes de pagas de los cesantes y jubilados, porque sea dicho de paso, los usureros ó prestamistas, ó judios ó hereges ó... cualquier otra cosa que no sea buena, se comen mas de un tercio del presupuesto del Estado: el oficio de prestamista es el de menos estudios y el de mas audacia.

El frac del cesante ó jubilado es un frac de la fecha en que lo clasificaron para uno de estos puestos pasivos, es decir, de pacientes, las clases pasivas por bien que las paguen siempre padecen: si el paciente es joven padece, ó porque aspiraba á mas, ó si es ella, porque ama á un vivo y se olvida del difunto, y si son ellos ó ellas de edad avanzada padecen de reuma, de gota ó de aprensiones y rarezas, de todos modos padecen aunque no sean mas que de envidia y de verse envejecer.

Ostenta aquel quidam un frac que tan pronto lleva abrochado ó como la puerta del infierno, solapi-abierto; ese que no es señorito mas que porque se lo llaman, va en pelea continua con su uniforme, este se pelea con aquel; no veo nunca esta pareja sin acordarme de los polvos maridos que llevan del brazo á las que ellos creen solamente suyas: del mismo modo que las señoras de aquellos bienaventurados, van revelando á todos el disgusto que les causa la compañía del esposo; así mismo el frac va diciendo á veces que le disgusta ir con quien va, y pugna por escaparse de los brazos del hortera que lo lleva al baile... os veo santiguaros... los horteras tambien bailan y hay algunos que cantan en la mano... pero no son solo los horteras los que ostentan una cosa que no es suya; un plagiario es un hortera con frac; un zapatero con frac, un carpintero, etc., etc., son tambien seres á quien el fraque odia, porque este señor es aristócrata puro.

Venid conmigo á un pueblo de montañas de cualquier provincia de España; existe en todos ellos un frac, ¡pero qué frac! recuerda el diluvio, juraria que los han hecho de aquella tela con que cubrieron á Noé sus hijos cuando le hicieron daño las uvas: aquel frac es el esposo de la vara de alcalde, primo de las bandas de regidores, y por último individuo de ayuntamiento; aquel frac es intimo amigo de la autoridad, solo sale con el hombre que gobierna el pueblo, es un señor de tan buena conducta que no sale sino en las grandes fiestas: el frac suele no ser de un tamaño regular sino inmensamente grande por si creciese el alcalde mientras ejerce su cargo; es de gran cuello, de suerte que el alcalde de frac parece un subdiacono; de inmensas solapas, pues tiene que contener dentro de ella á todo un individuo lleno de atribuciones y responsabilidades; los faldones que arrancan á escape del cuerpo de aquel chaqueton suelen bajar tres pulgadas bajo las corvas de Su Señoría; estos faldones se mueven al compás de procesion y al son del tamboril y la dulzaina: las mangas son estrechas porque un alcalde de manga ancha estaria siempre recibiendo visiones de la capital: en una palabra, el alcalde en traje de ceremonia parece por delante un labrador rico envuelto en su antiguo y colosal chaqueton, y por detras es un caballero de invierno que ostenta capa raída pero abundante desde la cruz á la fecha, que es como si dijéramos desde el cuello hasta el extremo in-

ferior del faldon; poned este frac asociado á un sombrero contemporáneo suyo, y vereis cuán gracioso está el alcalde de 1861, que es bajo y pequeño, con el frac del alcalde de 1857 que era alto y delgado: es un frac que recorre el pueblo según los votos para alcalde; este es un *bon vivant*, como diría un español francés, ó un pastelero, como diría un político de tres al cuarto, vive con todos, tan pronto se va á los moderados como se pasa á los progresistas, y aun le veo que se pasa á los neo-católicos, porque á los realistas ya estuvo unido.

¿Habeis visto un pobre frac que demuestra miseria y desgracia? Pues pertenece á un infeliz que se le abrocha de arriba abajo para ocultar su camisa si es que la lleva; conserva el frac porque duraban sus esperanzas y lo necesitaba para frecuentar las relaciones que desde que le vieron pobre, le odiaron y le volvieron la espalda: le guardaba para ir á solicitar un destino en casa del banquero ó del ministro, pero hoy ha vendido la capa y la levita, única cosa que le quedaba de cuando era mas feliz, no tiene con qué cubrirse y le conviene ocultar su haraposa camisa, y se pone el frac para implorar la caridad pública; el frac se ha hecho antiguo y ha perdido el pelo; pero de entrar en el bodegon y de arrastrarse por la guardilla trastera se mancha y concluye por ser una prenda que humilla mas al que la lleva porque es causa de la rechilla de la plebe.

Hay un frac que no es negro porque es azul, y ostenta botonadura dorada ó esmaltada, con las armas de la profesion del que los lleva; pero no, miento: hay quien lleva botones con armas reales y está muy lejos de ser rey: usan botones con armas reales muchos que dan un chasco; tómalos cualquiera por personajes y son el zapatero de S. M., el sastre de S. M. ó cualquier otra cosa de S. M.: tambien hay quien los lleva sin ser nada, ni servir para nada mas que para llevarlos. *Pertenece á los que fueron.* Existió un frac verde que era precioso; un hombre con aquel frac era una botella de vidrio, pero no una botella regular, sino sumamente estrecha de base: el frac de ningun color es mejor que verde, porque el frac espera ser chaqueta ó llegar á ser levita.

No digo nada de aquellos colines que parecian casacaquillas de infanteria: tienen un nombre no muy limpio, por eso los llaman fracolines.

GAFAS.

### El duque Pasquier.

El duque Pasquier acaba de morir á la edad de noventa y seis años. Muchos hombres que han figurado en los sucesos que han tenido lugar en los últimos treinta ó cuarenta años, le han visto siempre en la ancianidad. Efectivamente, tenia la edad teológica del discernimiento á la muerte del rey Luis XV; era un joven cuando comenzó la revolucion francesa, y un hombre hecho cuando concluyó. Trece gobiernos y una infinidad de ministerios desaparecieron á sus ojos, de resultas de grandes tormentas, ó minados por lentas enfermedades; M. Pasquier se consoló siempre de estas pérdidas, gracias á su gran fondo de filosofia. Era el decano de los hombres políticos, el decano de los duques, el decano de los académicos, el decano de los hombres de salon y el último de los consejeros en el parlamento de Paris.

El origen de su fortuna parecia pertenecer á un pasado oscuro á fuerza de ser remoto; y sin embargo, no adquirió su desenvolvimiento sino bastante tarde. Tenia cerca de cuarenta años cuando la proteccion de Cambaceres, de Maret y de Regnault de Saint-Jean-d'Angely le valió un empleo de auditor en el Consejo de Estado. El 8 de febrero de 1810 era nombrado asesor, y en octubre del mismo año prefecto de policia. Entre estas dos fechas habia ocupado el puesto de pro-



El duque Pasquier.

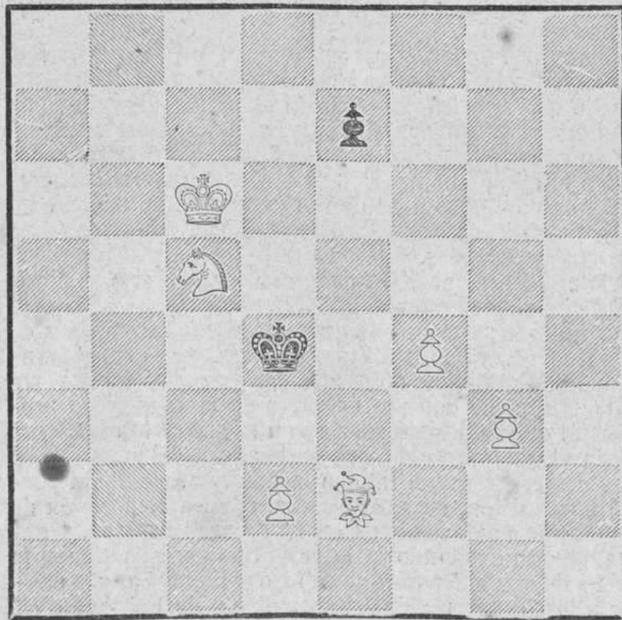
### Problemas de ajedrez.

Solucion del número 19.

- |   |                |          |
|---|----------------|----------|
| 1 | C 4ª A R       | R juega. |
| 2 | A 2ª R         |          |
| 3 | A 4ª A Rª      |          |
| 4 | A 6ª R jaque.  |          |
| 5 | C 6ª C R mate. |          |

PROBLEMA NUM. 20, POR D. L.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.

curador general del sello de los titulos, y habia recibido el titulo de baron. Vemos que estaba en su destino el hacer una rápida carrera.

Cuando era prefecto de policia, le sucedió la cosa mas maravillosa quizá de toda su vida pública: cercado en su hotel, fué preso y llevado á la cárcel de la Force por los cómplices de Mallet, y sin embargo, el emperador no tuvo por conveniente destituirle.

El gobierno de la Restauracion le prodigó tantos favores y dignidades que llamaron á Pasquier el *inevitable*. Por lo demas, preciso es decir que parecia hecho para los presentes del destino, por su talento, su gracia y la flexibilidad de su naturaleza. El cielo no tuvo nunca que sentir el haberle tratado como un niño mimado, pues era de aquellos que saben hacer honor á la fortuna.

« Su mérito principal, escribia en 1820 el autor de la *Biografía pintoresca de los diputados de Francia*, es su firmeza. No se corta jamás. Atacado de frente en la tribuna ó sorprendido por alguna combinacion de hechos inesperados, sabe maniobrar con precision y responder oportunamente. No hay duda que tiene á su disposicion muchos recursos contra sus adversarios. Una vez estaba escuchando en un circulo literario la lectura de una tragedia, cuando entra un lacayo, se acerca con discrecion y le entrega un billete. M. Pasquier responde sin interrumpir al poeta, despide al enviado, conserva toda su atencion para la pieza, y dirige al autor las observaciones mas acertadas. El billete era de M. Decazes, y el favorito anunciaba al guardasellos que le habia sacrificado en una nueva combinacion, y que al siguiente dia ya no seria ministro.

En 1820 M. Pasquier habia sostenido enérgicamente, en la Camara de los pares, el sistema de las leyes de excepcion, habia propuesto una ley suspensiva de la libertad indivi-

dual, que él llamaba ley de confianza, y habia pedido franca y abiertamente para el poder la *arbitrariedad pura y sin límites*.

Sobre este punto Manuel habia dicho que se necesitaria un ángel para gobernar con tales condiciones, y que sin duda M. Pasquier pretendia pasar por tal cuando reclamaba semejante sistema.

Un biógrafo trazaba de este modo el retrato de M. Pasquier hace unos treinta años. « Lo alto de su cuerpo juega sobre las caderas como si el tronco estuviese suelto. Lleva la espada derecha y la cabeza erguida, y su mirar es vago. » Parece ser que este movimiento del cuerpo sobre las caderas daba á M. Pasquier algo de *aéreo*, y de aqui el epigrama de Manuel.

Cuando se veia por primera vez al canceller Pasquier haciendo su entrada en la sala del palacio del Luxemburgo, y acercarse á su puesto para presidir una sesion de la Camara de los pares constituida en tribunal, envuelto en su larga vestidura negra, y en la cabeza una pantalla verde, nadie habria podido sospechar la vida y la fuerza existentes en aquel cuerpo débil en apariencia, y todos se sorprendian oyendo á aquel anciano setuagenario interrogar á los acusados con voz sonora, al propio tiempo que dirigia los debates con una firmeza, una lucidez y una presencia de espíritu incomparables. La sorpresa habria sido mucho mayor si se hubiese sabido que el señor canceller era aficionadísimo á caballos, y que pocos años antes se le veia aun todas las mañanas recorriendo al trote las alamedas del bosque de Boulogne, vestido á la última moda.

M. Pasquier entró en la Academia francesa en 1842, habiendo sido sus titulos oficiales para este honor, los discursos políticos y el bello elogio de Cuvier que pronunció en la Camara de los pares. El *Diccionario de los contemporáneos* le atribuye otro, un vaudeville compuesto en colaboracion con M. Maximo de Redon, y que fué representado en 1805 con el titulo de *M. Grimou*: pero el canceller ha negado públicamente la paternidad de semejante obra.

Luis Felipe no hizo mas que dos duques durante su reinado, el duque de Isly y el duque Pasquier.

X. F.